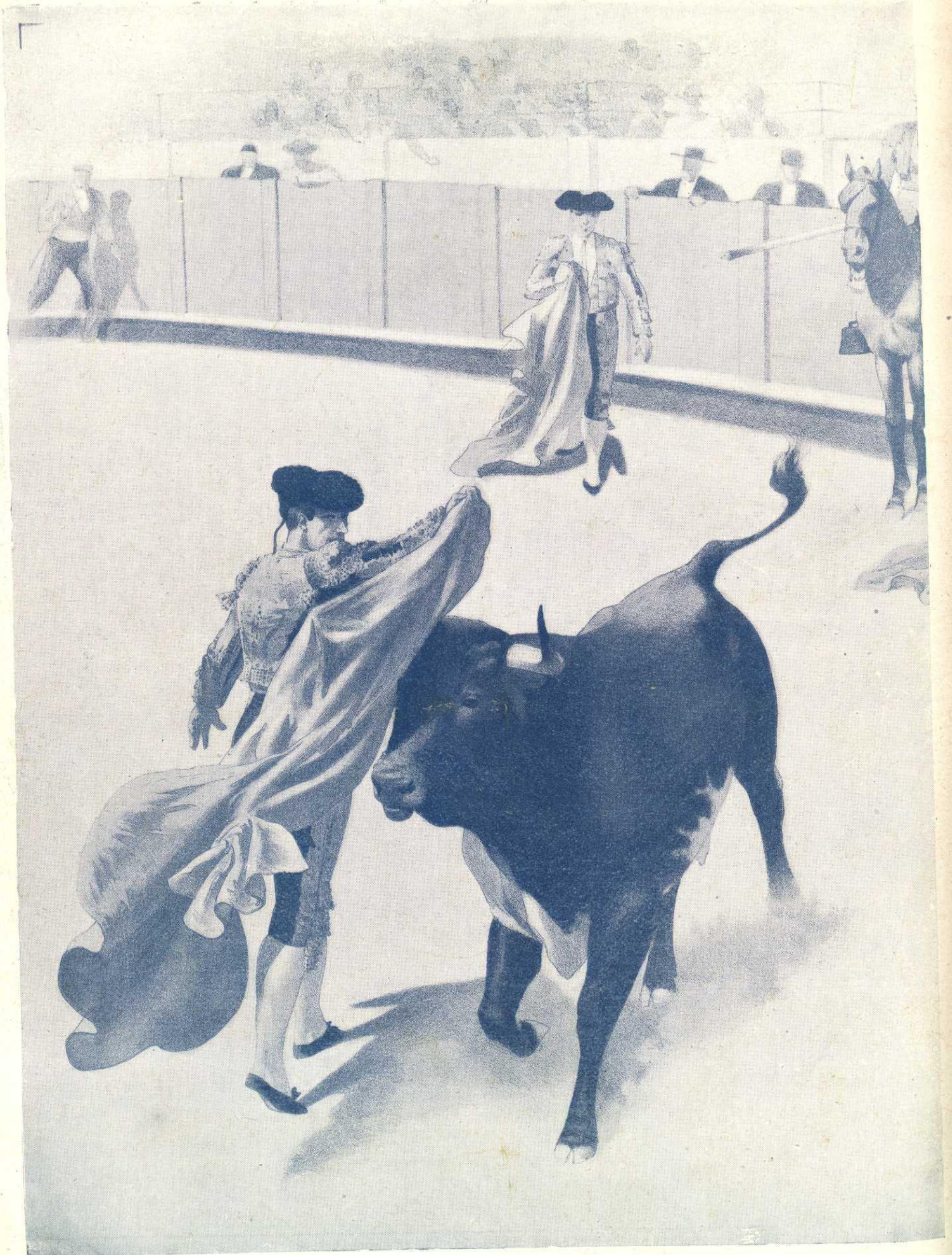


El Ruedo



1⁵⁰
Pts

JAVIERA



Una larga para volver al toro
(Dibujo de Perea.)



El Povedo

**JOSELITO y
BELMONTE**
en su famosa
época de
competencia

La fotografía está hecha
el 6 de abril de 1920, en
Murcia, última corrida
que toreó en aquella
capital el gran torero
de Gelves, que al
siguiente mes moría
trágicamente en la
Plaza de Talavera

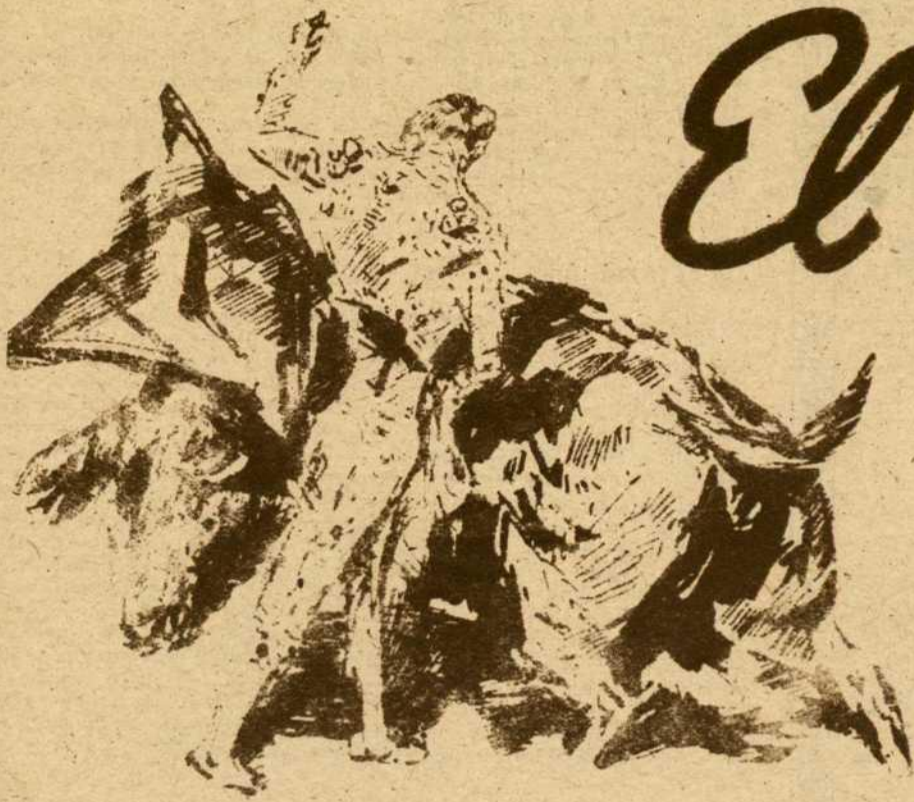
ORO VIEJO

Por ANTONIO CASERO

VICENTE PASTOR



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -:- Madrid, 22 de noviembre de 1944 -:- Núm. 24



Luis Fuentes Bejarano, el famoso ex matador de toros, fué objeto de un acto en su honor para celebrar su éxito en el festival de El Gallo. Aquí le vemos en dicho acto y a su lado don José García, el Algabeño, maestro del volapié y padre del infortunado Pepe, el Algabeño, otro torero famoso

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



S IRVIEN de pretexto para escribir estas líneas las manifestaciones de un comunicante—que debe ser "torerista", aunque pretende disimularlo—, con relación a la campaña pro toro, emprendida por casi todos los escritores taurinos. "Ahora—protesta—se acuerdan ustedes de que los toros son chicos, cuando nada, o muy poco, dijeron de su tamaño las tardes en que fueron desorejados por los diestros de moda." En otro lugar de su misiva me da su palabra de honor de que él vió a un crítico de los más clamantes por el tamaño del toro dejar de

escribir, empujado ante la faena que realizaba un famoso diestro, ponerse de pie, sin preocuparse de las cuachillas y el lápiz, que cayeron al suelo, y agitar frónticamente, mientras gritaba como el más apasionado espectador, elogios al idolo. "Y esto ocurrió—agrega—en una plaza provinciana, ¡con un toro que pesó justamente 180 kilos!"

Luego mi comunicante, pese a su relativa indignación con los críticos, se muestra contagiado del mismo mal de que les acusa: de "torerismo". Y entonces digo yo que acaso estamos perdiendo un poco el tiempo, esgrimiendo argumentos sobre la conveniencia del toro grande, si unos y otros no nos ponemos de acuerdo para decidir qué hemos de hacer todos—absolutamente todos—cuando sale el toro chico. Porque si el público se enardece hasta el delirio, el cronista, fiel a la realidad, ha de reflejarlo en sus críticas, aunque el toro no llegue a torillo.

Sería mejor, mucho mejor, lo que ya dije en otra ocasión, en estas mismas columnas: que el público mostrase su desdén con el silencio. En este caso, los críticos, con menos de media cuartilla tendrían suficiente espacio para la crónica. ¿Y adónde iría a parar así el cartel de los más famosos diestros? ¿Dónde hallarían éstos los argumentos para ser contratados por otras empresas?

Porque esas ajoteas literarias sólo son, por regla general, un refrendo del fallo de los aficionados, y esas repeticiones en los carteles de postín de unas cuantas figuras, una consecuencia de lo mismo. Un empresario, aun suponiéndole excelente aficionado, buen catador de esencias toreras, a la hora de contratar, atento a la taquilla, no piensa en su gusto personal, sino en el del público, ese público que él vió—o leyó—enardecido en otra plaza porque un diestro ponía un codo sobre la testuz de un toro o daba molinetes con las dos rodillas en tierra. Ese empresario, buen aficionado, que lógicamente no puede gustar de tales acrobacias, se rinde ante la evidencia y contrata para obtener un éxito de taquilla.

Quiero decir con todo esto que es el público el que impone sus gustos y que críticos, empresarios, diestros y ganaderos son arrastrados, en gran parte, por él. Muchos, muchísimos aficionados claman por el toro andaluz y repudian la suavidad, la falta de casta, de genio y de sangre y la comodidad del toro salmantino; pero ninguno recuerda con protesta, por ejemplo, que aquella genial faena de Chicuelo en el coso madrileño, que le valió muchísimos contratos, la hizo precisamente con un toro salmantino.

CUATRO CARTELES DE DESPEDIDA

Plaza de Toros de Madrid

EL DOMINGO 8 DE JULIO DE 1918

GRAN CORRIDA EXTRAORDINARIA
A BENEFICIO Y DESPEDIDA DEL TOREO

Cástor Ibarra (Cocherito)

Se lidiaron **SEIS TOROS**, de buena edad para cines, con divisa negra, verde y encarnada, de la acreditada ganadería de **doña Enriqueta Zapata, viuda de**

DON FELIPE SALAS

de Sevilla.

LIDIADORES

ESPADAS

Cocherito * Gallito * Belmonte

La corrida empezará a las SEIS en punto de la tarde



Plaza de Toros de Madrid

EL VIERNES 19 DE SEPTIEMBRE DE 1918

14.ª CORRIDA DE AÑO

IBARRA

LIDIADORES

ESPADAS

Antonio Fuentes, Ricardo Torres Bombita y Rafael González Machoquillo

Castrer Ibarra 'Cocherito' de Bilbao

La despedida de Ricardo tuvo un carácter solemnisimo, pues la corrida era a beneficio de la Asociación Benéfica de Auxilios Mutuos de Toreros. De la cantidad liquida obtenida, una parte se destinaba a los pobres de Madrid, debiendo ser entregada a las autoridades gubernativa y municipal. Ni que decir tiene que el entradón fué imponente, pues el público madrileño siempre responde con largueza a estas empresas de caridad y beneficio.

Con el gran matador Ricardo Torres alternaron Rafael Gómez (Gallo), José Gómez (Gallito) y Juan Belmonte. Los ocho toros para la lidia, cuatro con divisa negra, eran de la ganadería de los señores herederos de don Pablo Benjumea, y los otros cuatro, con divisa blanca, negra y plomo, pertenecían a la de doña Celsa Fontfede, viuda de Concha y Sierra.

Magnífica tarde la de la despedida de Bombita. Con el valiente torero de Tomares desaparecían muchas cosas que el público no podría olvidar nunca: la finura, la elegancia, el señorío de Ricardo. Como sería difícil que las mujeres pudieran olvidar, en las tardes luminosas y apoteósicas del ruedo madrileño, la sonrisa del Bomba...

DESPEDIDA DE RAFAEL GOMEZ (GALLO)

Más cerca que las anteriores la despedida del Gallo, serán muchos todavía los aficionados que la recuerden. El adiós a los toros de Rafael tuvo carácter de acontecimiento nacional. El Gallo era la gracia, la emoción, la «jindama» torera. Los espectáculos que proporcionaba a la afición el «divino calvo» era seguro que no volverían a presenciarse en ningún ruedo de España—ni de América—en cuanto él hiciera mutis de la fiesta a la que supo dar tanto salero y tantas tardes estupendas...

Tuvo lugar el magno suceso en la Plaza de Toros Monumental, de Barcelona, el domingo 15 de septiembre de 1918. Animación de vértigo en el coso taurino. Indescriptible entusiasmo y una veldada emoción en los espectadores que nada era bastante a contener ni disimular. ¡Se retiraba el Gallo de los toros para siempre!

En aquel adiós definitivo del magnifico torero tomaban parte con él su hermano José Gómez (Gallito) y José Gárate (Limeño). Los seis toros, de la ganadería de los señores herederos de Esteban Hernández, usaban divisa encarnada, celeste y blanca.

Actuó en el espectáculo la banda de la Cruz Roja, y dará idea de la expectación promovida por el acontecimiento taurino el hecho de tener que expendirse billetes para la extraordinaria fiesta, además de en las taquillas de la Monumental, en otros muchos locales públicos de la capital catalana, adonde afluyeron aficionados y entusiastas de todos los lugares de España.

El Gallo, emocionado y nervioso como un chiquillo, tuvo, no obstante, rasgos y detalles geniales de los que ayudaron a acrecentar su fama, confiriéndole una personalidad inigualable, aunque discutible.

Y así fué cómo Rafael Gómez (Gallo), el torero más extraordinario y sorprendente que ha tenido España, se retiró de los toros... para volver después, con más o menos riesgo, a los peligros y emociones del ruedo.

JUAN DE ALCARAZ

Plaza de Toros MONUMENTAL

DOMINGO 15 DE SEPTIEMBRE DE 1918
CUATRO Y MEDIA - Función n.º 22



Extraordinaria Corrida de Toros

DESPEDIDA
del famoso diestro
= RAFAEL GÓMEZ =
GALLO

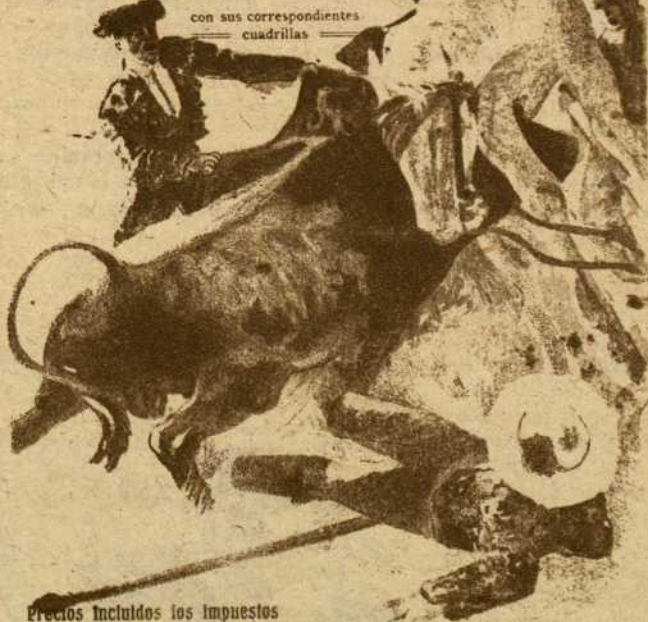
Con permiso de la autoridad y si el tiempo no lo impide, se lidiarán
6 HERMOSOS TOROS 6
de la acreditada ganadería de los Sres. HEREDEROS DE
ESTEBAN HERNANDEZ
de Madrid, con divisa encarnada, celeste y blanca, por los tres renombrados matadores

Rafael Gómez José Gómez

Gallo Gallito

José Gárate

Limeño



Precios incluidos los impuestos

	Ptas.
Palcos sin entrada	60'00
Sillones delanteros Palcos, con entrada	16'00
Sillones tendido Presidencia con entrada	16'00
Barrera con entrada	16'00
Contrabarrera con entrada	11'00
Delantera de grada con entrada	11'00
Delantera de andanada con entrada	6'00
Meseta de toriles, con entrada	3'50
Entrada general Bombra y Sol y Bombra	5'00
Entrada general de Sol	2'50

Amenizará el espectáculo la renombrada
BANDA DE LA CRUZ ROJA

desgracias, como asimismo bajar con palos, pinchos u otros objetos con que puede perjudicarse al ganado.

La alternativa de Fuentes se celebró en corrida extraordinaria el domingo 17 de noviembre de 1893. Se lidiaron seis toros, con divisa morada, blanca y amarilla, de la ganadería de don José Clemente, siendo los espadas Fernando Gómez (Gallo) y el pasaba a la categoría de matador de toros.

La despedida del gran torero sevillano tuvo lugar el domingo 5 de abril de 1908. Se lidiaron seis toros, con divisa encarnada y blanca, eran de la ganadería del excelentísimo duque de Veragua, alternando en la lidia el que con lágrimas en los ojos se despidió del público madrileño, Ricardo Torres (Bombita), y Rafael González (Machobombita).

Entre los incondicionales de Fuentes hubo muchos que lloraron con el gran torero aquella tarde memorable, sobre todo las damas, algunas de las cuales regalaron que se iba, como recuerdo inolvidable, los mantones, las mantillas, los claveles y las joyas con que acrecentaban su hermosura. Y es que Antonio Fuentes era uno de los más populares y estimados por todos los públicos de España y América.

DESPEDIDA DE RICARDO TORRES (BOMBITA)

Bombita, el torero de la «eterna sonrisa», también era un idolo de los públicos. Su despedida fué también apoteósica y emocionante. En su último cartel figuraban asimismo, según la norma establecida en esas fechas solemnes, los días de la presentación alternativa en el ruedo madrileño.

La primera vez que toreó Bombita en Madrid fué el domingo 7 de marzo de 1897. En el se presentó también el novillero Juan Domínguez (Pulguita). Los novillos, de buena edad, desecho de tiente y cerrado, con divisa blanca, eran de la ganadería de don Antonio Mazpule, a la sazón de don Tiburcio Arroyo, de Miraflores. Matadores, los mencionados debutantes.

La alternativa de Ricardo Torres se verificó en la catorce corrida de abono del domingo 24 de septiembre de 1899. Los toros, con divisa encarnada y blanca, eran de la ganadería del duque de Veragua. Los espadas, José García (Algabeño), Domingo del Pozo (Dominguín)—que sustituyó a Emilio Torres (Bombita)—y el que pasaba de novillero a torero de cartel.

SIN VISTO BUENO MAS SOBRE "EL TORO"

Por EL CACHETERO



QUEDAMOS en que los ganaderos son primordialmente responsables de que no salgan a la Plaza los toros sino en condiciones muy disminuidas. No hay necesidad de discutirlo más, ni de conceder a la opinión contraria esa especie de fuero de dificultad, complejidad y paradoja que muchos adosan al fuero taurino. Como de la fiesta se habla, se aludirá de pasada a la creencia de que su parte de chapucería o mangancia debe haber en lo taurino cuando los interesados, a una, claman por el fuero de la oscuridad. Por eso, si uno se pone a discutir con alguien que—torero, empresario, ganadero y «aínda mais»—vive de eso que

mi amigo Bellón me reveló que se llama «el toro», se extravía en una jungla de complejidades, medios tonos, compadros, mala saña, bisbiseos, carraspeos y silencios en que toda verdad, por evangélica que sea, se diluye.

Y los toros—perdón, Bellón, «el toro»—son algo muy sencillo de entender si se les mira con ojos no turbios de humo de los cafés. «El toro» está erizado de dificultades artificiales precisamente creadas por quienes se encastillan en ellas, ya que su defensa o su renuncia se traducen en dinero contante y sonante. Esto, naturalmente, dentro de un sentido absolutamente masónico, o sea de sigilo para el exterior y de completa exhibición de faramalla si se curiosean. En «el toro» toda cuestión se eriza y llena de espinas con sólo mentarse; es más, yo imaginaria a los pobres que en «el toro» viven sin capacidad para pedir ya sencillamente un huevo frito sin veinte consultas al menos. Así, pues, los ganaderos siguen en esta forma inventando una serie de complejos musitados para ocultar una realidad muy sencilla: que están encantados de cobrar a precios de fábula unos toros sin edad ni peso, o sea con ahorro en la crianza. Y si me apuran, también se aprecia que los toreros los imponen con apartamientos o con efugios, porque, en realidad, torearlos es comodísimo y no tiene más quiebra que el que se pueda o no lograr el punto de estética y falso dominio que exige el público como primordial para la fiesta en este momento más o menos histórico.

Poco o nada hay que esperar de los ganaderos para que el toro vuelva a ser ligeramente toro. Se resistirán con todas las fuerzas, encastillados mientras puedan, en la situación actual, y más si pueden respaldarla con esa vaga muletilla de «las circunstancias». Muy encastillados, con la complicidad de casi todo el resto que vive «del toro» y con pocas o ninguna quiebra. Mal que bien, cualquier mandón de la torería ha escuchado broncas enormes por lo que los tendidos reputaban complicidad al lidiar un becerro. Yo he oído algunas de este año e incluso he leído unas declaraciones más o menos auténticas y más o menos comprometedoras, pero que revelaban al fin y a la postre que alguna dignidad profesional se había levantado, aunque fuese por medio de silbidos. Los ganaderos, que son los que envían el ganado y bajo cuya divisa se juega, ni broncas oyen.

Allí, en el burladero, está un mayoral incommovible, al que se aplaude rara vez y a quien no se silba jamás, pues si hay barullo, el torero, la Empresa y el presidente incluso pecharán con él.

Sólo les afecta la multa, si no dan un peso disminuido, multa ridícula ante el precio actual del ganado, prevista en la contabilidad y en algún caso, ya objeto de chalaneo y compromiso «a priori» sobre ella.

—¿El toro ridículo es, pues...?

—Culpa del ganadero, máxima culpa del ganadero, que puede bordear un reglamento no previsto para la situación actual. No hay que diluir, ni echar la pelota de uno en otro, como hacen los «del toro».

Culpa del ganadero y solucionable en cuanto ajustadas disposiciones gubernativas responsabilicen severamente a éstos del ganado que sale a Plaza con una divisa que, por decoro, hasta del «afeitado» y demás debe proteger. Pero en la culpa del ganadero se apoya todo «el toro».



11 DE MAYO DE 1801 PEPE-HILLO está enterrado en la calle del Arenal



Un reportaje retrospectivo de su histórico entierro

Por J. LOPEZ NUÑEZ

La calle del Arenal ofrece aquel día un pintoresco y animado aspecto. Llena la céntrica e importante calle una compacta muchedumbre que pugna por llegar a la iglesia de San Ginés, donde hay numerosos fieles deseados de presenciar el sepelio de José Delgado, Pepe-Hillo, que allí será sepultado.

Estos fieles gozan del privilegio debido a su rango de ocupar en el templo sitio preferente. Abundan las damas. No faltan artistas. María del Rosario Fernández, «La Tirana», se halla entre estas últimas. Algo alejado de ella está la otra María Fernández, «La Caramba», en cuya conciencia empieza a hacerse una luz misteriosa y purificadora.

En un ángulo de la iglesia, o mejor dicho en uno de los rincones más oscuros, se adivina a Rita Luna, muda asistente a la fúnebre ceremonia que atrae a tantos curiosos, a tantos aficionados y a tantos admiradores del afamado y popular torero sevillano, muerto en la Plaza de Madrid cuando mayores eran su fama, su renombre y su popularidad.

Muchos de los allí presentes fueron testigos de la desgracia que comenta «Superficie», lazarrillo de un ciego que anda también por allí y ha ganado mucho con un romance dedicado a Pepe-Hillo y que le hizo por unos cuartos un pobre poeta necesitado y famélico.

¡Gran romance el de la vida de Pepe-Hillo, llena toda ella de rasgos de valor y gallardía!

¡Y todo para que un toro de una ganadería de Peñaranda de Braçamonte acabase brusca e inesperadamente con tanta gloria y tanta celebridad! «Superficie»—el locuaz, despierto y ambicioso lazarrillo—también quiere ser torero. Y precisamente el día de la mortal cogida de Pepe-Hillo fué a la Plaza con objeto de pedir protección al gran torero y al mismo tiempo un traje de los muchos que tenía el famoso lidiador caído ante sus ojos aquel 11 de mayo de 1801, trágico e inolvidable.

—Yo le vi—dice «Superficie» a los que oyen su emocionado relato—. Yo le vi momentos antes de salir a torear. Estaba sentado en el patio de caballos, pensativo y preocupado. Y me acerqué a él. «¿Qué quiere?»—me preguntó—. Y yo le respondí: «Verle a usted de cerca y además... lo otro». «¿Y qué es lo otro?»—volvió a preguntar—. «Pues que deseo ser torero». «¿Tú?» «Sí, yo, que estoy cansado de ir de caepa en caepa como si estuviera pregonando». «¿Y qué piensas hacer?»—me dijo después de unos instantes de silencio. «¿No le he dicho que torear de verdad? ¡Si usted me diera un traje de luces...!»

—¿Y él qué te contestó?—interroga uno de los allí presentes. «Superficie» no puede responder. Un rumor cercano y confuso se lo impide.

Llegan los fúnebres restos de Pepe-Hillo. La emoción es grande. Y la expectación, mayor...

Trabajosamente se abren paso los que conducen los restos del gran torero. Uno de los que los llevan es un hombre joven, enlutado y arrogante.

—¡José! ¡José Joaquín!—exclama al verle «Superficie».

—¿José Joaquín?—dicen varios.

—Sí—replica «Superficie»—. José Joaquín Rodríguez, que es el dueño de la ganadería a que pertenecía «Barbudo», el toro que mató a Pepe-Hillo...

Con el solemne ceremonial obligado se da sepultura a Pepe-Hillo en la iglesia de San Ginés, en plena calle del Arenal, ruidosa y concurridísima.

A poco van desfilando los amigos y admiradores del torero.

De los últimos en hacerlo son el ciego de que hablábamos al principio y su lazarrillo, o sea «Superficie», que no acierta a retirarse de allí.

Al fin le obliga su patrón y dueño, que dice a su lazarrillo:

—Tú que soñabas tanto con ser torero. ¿Sabes cuánto ganó Pepe-Hillo el día de su muerte? ¿No? Pues dos mil reales.

—¿Dos mil reales nada más?

—Ya te lo he dicho. Vamos. Vámonos.

Obedece «Superficie», que durante muchos años vuelve a la iglesia de San Ginés, donde todavía se conservan los restos de Pepe-Hillo, a depositar unas flores en la sepultura del gran torero, que se halla situada en el atrio del templo.

Allí puede verse aún sencilla, y humildemente, con una lacónica inscripción dedicada al famosísimo diestro que reposa en el actualmente desconocido cementerio de la mencionada iglesia, que es una de las más importantes, artística o históricamente, del antiguo Madrid, tan ignorado por el de estos



José Flores,
Camará,
apoderado de
Manolete

CASI CONFESIONES

CAMARÁ dice que Manolete no gana tanto como creen sus enemigos, ni tan poco como comentan algunos amigos

"Entre la "propaganda" y los gastos propios de cada corrida se va más del sesenta por ciento por festejo"

"Los toros seguirán siendo pequeños la próxima temporada"

Si la figura de Manolete es interesante, no podía dejar de serlo también la de su apoderado, aunque no fuera más que por proyección de la del torero. Sin embargo, el interés que despierta Camará es personal. Alrededor de él se tejen y destejan a diario tantas discusiones y se le atribuyen tantos hechos, que hemos supuesto que la curiosidad del público taurino acogería con gusto una entrevista con el ex torero y actual apoderado, y nos hemos ido a verle.

Hay en su habitación, aparte de los habituales—Bermúdez, mozo de estoques, etc.—, un empresario y Llapisera. Nuestra llegada interrumpe la conversación. Presentaciones, siéntese usted aquí, usted primero... y ¡al grano!

—¿Ha apoderado usted antes que a Manolete a algún otro torero?

—No, es el primero. Le tomé a mi cargo a principios del año 37, cuando ya había toreado algunas novilladas en Córdoba y Tetuán.

—¿Esperaba que llegase a colocarse donde está?

—Pues, verá usted; sí. Ya acusaba las características de su toro actual. Tenía un valor extraordinario, mataba fácilmente y se le veía temperamento y genio. No es que vaya a presumir de vidente; pero, sin embargo, en este caso, le puedo asegurar que «lo vi».

—¿Qué otros toreros tiene usted?

—A Parrita nada más.

Hubiera podido hacerle alguna pregunta más sobre su profesión; pero como la verdadera sal de esta entrevista—si es que tiene alguna— está ligada a lo que se relaciona con el torero cordobés, di un salto en la conversación y, así, de pronto, le dije:

—¿Cuánto dinero ha ganado Manolete esta temporada?

—Mi pregunta ha estallado de tal forma en medio de este floreo preliminar, que le deja unos momentos suspenso. Pronto, sin embargo, se repone—un apoderado tiene tantas y tantas batallas que ganar a fuerza de presencia de ánimo!—, y me dice:

—No es fácil hacer cuentas, así, de pronto, y de ello me alegro, porque, al fin y al cabo, siempre es mejor dejar que vuele la imaginación en estos casos.

—De todas formas, algún dato tendrá usted.

—Mire, le voy a concretar más: ni tanto como creen sus enemigos ni tan poco como puede que digan sus amigos.

Y se nos escurce con esa gracia peculiar de los diplomáticos.

Volvemos al asedio.

—¿Cuánto se gasta Manolete en propaganda?

—Aun no hemos desglosado las cantidades. Pero el dinero que queda es poco en relación a lo que el torero tiene que dar por él. Más de un sesenta por ciento se va en cada corrida, incluyendo, claro está, toda clase de gastos. Si alguien nos diera más de ese cuarenta por ciento que resta, estoy dispuesto a traspasarle «el negocio».

—¿Cree usted necesaria la propaganda? Concretamente, ¿estima que Manolete la necesita?

—Aun las cosas mejores necesitan su difusión. Y hasta las flores requieren el agua que las fortalezca y dé belleza.

—¿Cómo no ha ido a Méjico Manolete?

—Este es el primer año que los toreros españoles cruzan el charco, después de muchos de no hacerlo. En Méjico, sólo con sus toreros, no ha habido una competencia acusada, y por ello los aforos siguen siendo los

mismos de antes. Era necesario subir los precios—ya esta temporada se aumentarán en un cincuenta por ciento—, y no ha querido salir hasta que estos cambios se realicen. Por otra parte, él está ansioso de actuar en aquellas tierras, ya que tenemos las mejores referencias respecto al ganado—muy apto para su manera de torear—y de la expectación de la afición mejicana por verle.

—Se dice que si usted... que si los toros chicos...

—Mire, eso son ganas de hablar. Yo no puedo desde mi casa hacer que los toros crezcan ni que tengan más arrobas. Ni los ganaderos, si me apura usted, tampoco, puesto que con lo que un toro necesita para ponerse en la presencia y poder que quiere la afición se alimentan diez vacas, y ni al criador ni a nadie le conviene matar sesenta vacas para presentar una corrida de las que llaman completas. Este el problema. Por lo demás, yo no deseo para Manolete sino los toros cuya cabeza sea apropiada para su forma de torear. Con el terreno que se pisa en la actualidad no se pueden torear reses que tengan una cabeza así.

Y se levanta, abre los brazos desmesuradamente y los curva hacia arriba.

—El problema de Manolete—prosigue—no es cuestión de peso, mientras conserve el valor que tiene. Es cuestión de que el toro pase y, si es así, las arrobas son lo de menos. Prueba de ello es que este año ha toreado muchas corridas de trescientos kilos.

—Y la mejor faena que le he visto yo—tercia Rafael Dutrás—se la hizo en Valencia a uno que pesaba 320 kilos.

—Entonces, ¿usted no cree que en la temporada próxima las corridas saquen más peso?

—No, señor. Ahora están los toros, como yo sé bien, por los 180 kilos. Es imposible que para la inauguración hayan cogido las arrobas que tanto pide el aficionado.

—Y, para terminar, ya que el aficionado ha surgido en este final, ¿qué opinión tiene usted de él?

—Hablaremos de la afición, porque es más impersonal. Esta anda—una gran mayoría—despistada. Bien por falta de dirección o por no saber la verdad, y, sin embargo, presume de estar en el secreto de las cosas. Y de ello tengo un muestrario. Elegiremos uno cualquiera. Vea: veníamos de una feria, en el tren. Era la hora de acostarse y antes de hacerlo salí al pasillo para fumar un cigarrillo. Allí estaban dos personas que hablaban de la corrida que veníamos de «despachar».

—¿Qué tal el fenómeno?—decía uno.

—Bueno, muy bien—respondió el otro—. Pero así tiene que ser. Un hombre que cobra lo que cobra tiene que responder siempre en este tono, en un tono mayor. Hoy, sin ir más lejos, le han dado 25.000 duros.

—¿Ciento veinticinco mil pesetas?

—Sí, señor, sí; lo sé de muy buena tinta. De modo que dígame usted si es para exigirle.

Yo les oía—estaba a su lado—con paciencia; pero era tal la insistencia sobre la cantidad, que ya, un poco cargado, me acerqué al que tanto sabía y le dije:

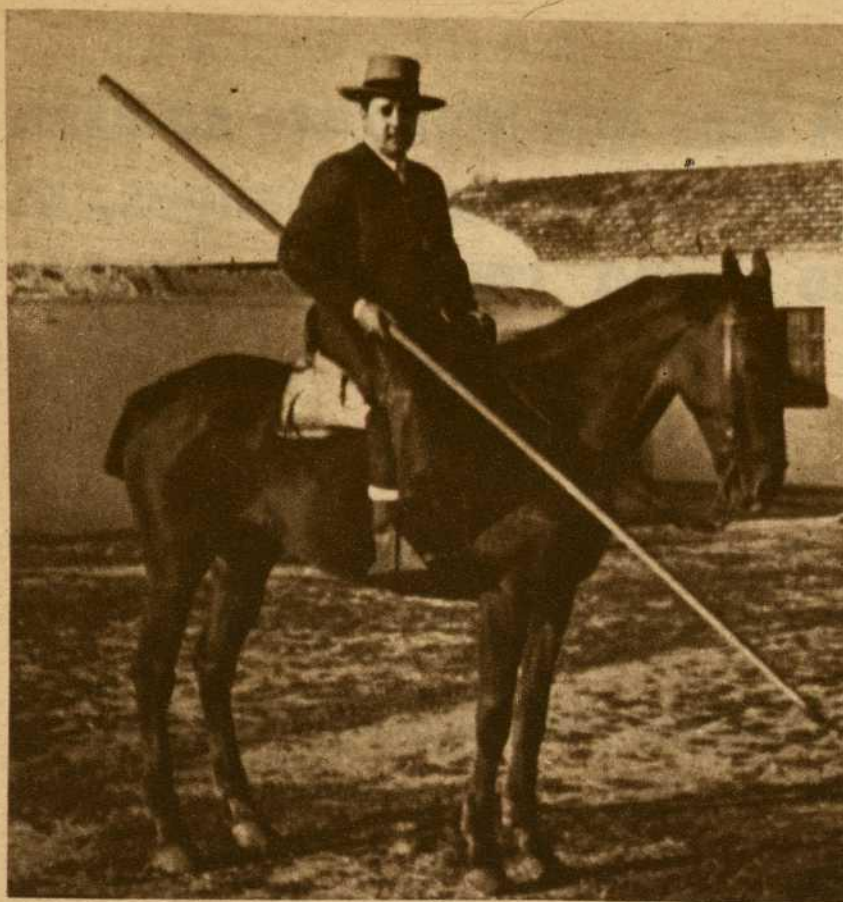
—Pero, oiga, señor, ¿está usted seguro, completamente seguro de lo de las 125.000?

El hombre me miró de arriba abajo. Y con la voz un tanto irritada, me contestó:

—Sí, señor, sí, ¡25.000 durazos! ¡Si lo sabré yo, que soy íntimo amigo de Camará!

Me quedé helado y, no sabiendo qué contestarle, me fuí a la cama y se lo conté a Manolo.

No durmió en toda la noche de la risa que le dió.



Don Juan Manuel Urquijo, encargado de llevar la ganadería



El momento de poner el hierro a las reses



Los auxiliares sujetan a la res para proceder a herrarla



Luis Fuentes Bejarano probando una becerra

DIVISA ENCARNADA Y NEGRA

Una mañana en el cortijo de "JUAN GOMEZ"

El hierro de Murube en los toros de doña Carmen de Federico



Aquí, en el cortijo de «Juan Gómez» se quiebra, por falso, ese patrón convencional que la literatura interesada—la novela, el teatro, el artículo periodístico...—nos ofreció hace años del cortijo andaluz, donde, según se decía, no había más que ocio de una parte y rebeldía contenida de otra. Dentro del extenso contorno de «Juan Gómez» todo es, por el contrario, paralelo en claridad y armonía, a este cielo limpio, blanco de puro azul, que llena de silenciosa paz el espacio y confunde sus límites, a un lado, con la línea suave de la marisma del Guadalquivir, y al otro con las primeras alturas de la Sierra de Grazalema. Cuando guiados por la amabilidad de don Juan Manuel Urquijo y de su esposa, doña Carmen de Federico, recorremos en esta mañana de otoño, casi primaveral, el caserío y las tierras de «Juan Gómez», comprendemos cuánto de agradable y perfecto tiene el cortijo andaluz si es regido con cristiano sentido de la justicia y amplia solicitud. En «Juan Gómez» se aprecian bien ambas cosas: en torno al caserío, auténtico palacio, cuyas paredes bosen de recuerdos taurinos, las edificaciones complementarias y las viviendas de los trabajadores están marcadas con un mismo sello de preocupación estética, de adecuación perfecta...

En los más modestos hogares—¡qué lejos de aquellas ganancias donde ganaba el odio sus mejores aliados!—la limpieza y la luz hermanan su elegancia. Y lo mismo podría decirse de los graneros, amplios y ventilados; de las cuadras, del molino y de la panadería, de los gallineros, de las porquerizas, de la vaquería... Todo está de acuerdo con la más útil y moderna técnica. Y para que nada falte a esta numerosa población que trabaja en «Juan Gómez», una capilla y una escuela.

Lejos del caserío están los cerrados de los toros bravos de la ganadería que desde 1917 viene lidiándose en las Plazas de España a nombre de doña Carmen de Federico, y que en línea ascendente alcanza la célebre casta de Vistahermosa. Pero eso es historia que siempre interesa...

Hacia 1770 vivía en la villa de Utrera un rico hacendado, gran entusiasta de nuestra fiesta de toros. Don Pedro Luis de Ulloa se llamaba, pero fué su título—condé de Vistahermosa—el que pasó a los anales de la tauromaquia. Don Pedro pensó, nunca como negocio, sino como prenda de afición, fundar una ganadería de reses bravas y adquirió una punta de ganado a unos labradores de aquel término apellidados Rivas. El conde de Vistahermosa consiguió en poco tiempo mejorar su vacada, y bien pronto sus ejemplares causaban la admiración de los aficionados y competían con éxito con la casta vazqueña, en boga entonces. La nobleza y bravura de sus toros, su trapío, sus correctas líneas, el arranque rápido y el empuje poderoso eran sus notas características. Cincuenta años tuvo en propiedad el conde de Vistahermosa la ganadería. Al morir se dividió en varias porciones, adquiriendo la más importante Juan Domínguez Ortiz, más conocido por el *barbero de Utrera*, que la dejó, a su muerte, en manos de su hijo político don José Arias de Saavedra. Este vendió unos sementales y algunas vacas al señor Murube, que los cruzó con el ganado adquirido en 1863 a don Manuel Suárez Cordero, propietario de una de las puntas en que se dividió la ganadería del conde de Vistahermosa cuando murió éste. De esta forma volvieron a unirse dos ramas procedentes del tronco común y famoso creado por don Pedro Luis de Ulloa. Don José Arias de Saavedra vendió después descintas vacas y cincuenta sementales a doña Dolores Monje, viuda del ganadero señor Murube, que adquirió además una punta de ganado de uno de los hijos de don Manuel Suárez, con lo cual se produjo de nuevo la unión de ramas de la mejor casta de Vistahermosa. La primera vez que se lidiaron toros de doña Dolores Monje, con el hierro de Murube, en Madrid, fué el 7 de abril de 1868, luciendo divisa rosa y caña. Después se lidiaron con los colores encarnado y negro. Al fallecer doña Dolores Monje, la mayor parte de la ganadería pasó a sus hijos, don Joaquín y don Faustino Murube, quedando posteriormente en manos de la viuda del primero la propiedad íntegra de la vacada. De la viuda de Murube la adquirió en 1917 doña Carmen de Federico de Urquijo, que conservó el hierro de Murube y la divisa encarnada y negra.

He aquí una relación, casi telegráfica, de algunos ejemplares de la ganadería, famosos por su bravura y nobleza en los ruedos:

Pajarito.—Se lidió en Málaga en 1840. Entonces figuraba la ganadería a nombre de don José Arias de Saavedra. Tenía ocho años y despachó seis caballos con gran rapidez. El Chielanero no pudo colocarle más que una banderilla, y Montes tuvo que matarlo de un golletazo a la media vuelta.

Marismeño.—Se lidió en Ronda en 1869. Tomó nada menos que cincuenta y una varas, matando cuatro caballos. Causó tal admiración entre el público, que su cabeza fué paseada en triunfo por el redondel entre aplausos.

Serranito.—Se lidió en Madrid el 1875. Aguantó trece varas y mató cuatro caballos.

Ocharito.—Se lidió en San Sebastián, en agosto de 1930, en la corrida-concurso. Por su bravura y nobleza el público le concedió el premio del *toro de oro*, obra de Benlliure.

Gusanillo.—Se lidió en San Sebastián, el 21 de agosto de 1932. Se llevó también el premio del concurso por gran mayoría de votos.

Desertor.—Lidiado en Bilbao el 23 de agosto de 1932. Un revistero escribió de «Desertor» lo siguiente: «Ninguno más bravo, más dócil, más noble, más alegre que ese animal de preciosa estampa, pastueño, de la mejor sangre murubeña».

Tapabocas.—Se lidió en Madrid el 30 de abril de 1934. Lo mató Domingo Ortega. Dió dos vueltas al ruedo, llevándose al desolladero la admiración del público.

Ocharito.—Se lidió en San Sebastián el 26 de agosto de 1934. Como su homónimo, ganó el *toro de oro* por gran mayoría de votos.

Jaretito.—Lidiado en San Sebastián el 25 de agosto de 1933. Por su nobleza y bravura ejemplares se llevó también el premio del *toro de oro*.

La lista sería interminable... Pero acaso lo más importante, después de consignar la bravura y nobleza de los toros de doña Carmen de Federico, sea el hecho de que en la ya larga historia de esta ganadería no sé de ninguna nota luctuosa. Hay en los anales de la fiesta algunas cogidas graves, pero ni un solo espada acabó sus días entre los cuernos de los toros del hierro de Murube.



Manuel Alvarez, "Posturas", en su charla

Al habla con el "Pollo Posturas"

"Rafael fué siempre más artista que José; pero... ¿m'ha "comprendió"?..."

"Alvarez, quítate de ahí, que necesito el sitio"



Joselito, con su banderillero Posturas

Misión algo más que difícil era conseguir que Manuel Alvarez, Posturas, el Pollo Posturas, como siempre se le dijo por propios y extraños, hablase de toros a sabiendas de que se le escuchaba con fines periodísticos. ¿Razones?

No queríamos sorprenderle. Le rogamos una y otra vez. Volvimos a insistirle:

—Mire usted, que es la primera vez que le pedimos un favor. Siquiera por nuestra amistad... No le importe.

En la penumbra del «café» donde cotidianamente asiste observamos su rostro, mientras liaba un cigarrillo, deduciendo nosotros que no habla más que hablar; bueno, entendamos, que podíamos empezar a recoger el fruto de la batalla ganada con nuestra amistad sincera.

De las pocas figuras taurinas que pasean aún —y Dios quiera muchos años— por las calles de Sevilla el garbo impar del clásico torero español es, sin duda alguna, una de ellas Manuel Alvarez, Pintúras. Porque vivió para el toro, le vemos aún, cuando se enfrasca en la charla, salpicada toda ella de una gracia genial, marcar la suerte tal mandando en los tres tiempos, explicativos de aquellos otros que Rafael y José, sus enamorados del arte, desgranaron en tardes de triunfo. Y unida a la acción, la frase exacta, justa y

precisa, que a veces es toda una sentencia, o bien la impar comparación en la plenitud del ingenio.

El pañolón de blanca seda, la inseparable prenda que anuda a su garganta, destaca su agitanado rostro de duras líneas, a igual que su figura enhiesta en el ocaso de sus años mozos.

Volvamos al sitio de nuestra reunión. Tras injerir uno de los varios cafés del día, expusimos muy sutilmente, sobre el no muy limpio mármol, minúsculas cuartillas, temiéndolo que los clásicos «pares y nones» de toda conversación evasiva salieran a la palestra.

Nada de ello. Miró de reojo, y antes de que pudiese interrogarnos, iniciamos la conversación. Y entrascados en ella... ¿Unas cuartillas? ¡Y una resma! ¡Cualquiera sujetaba aquellos recordatorios!

—¿Muchos años de profesión?

—Sólo con Rafaé, desde el año diez al treinta, actuando también con Joselito. En algunas ocasiones, con Minuto, el Algabeño, Bienvenida, Curro Vázquez...

—¿Muchas temporadas en América?

—Tan sólo un año me decida, y cuando ya estaba to preparao, dije: A casarme, y... que de lo dicho no hay na, que le dije a Bonarillo. Tenía dinero pa pasá el invierno, y... como nunca he sido mu ambicioso, pos me quedé en mi Triana, y... a otra cosa.

—¿Ha toreado mucho con José?

—Una jarfá. Me quería de verdá, tanto, que me tenía dicho: «Arvare, cuando Rafaé no tenga toro, ya sabe que no tiene más que vestírte y dirte pa la Plaza adonde yo toreé.» ¡Erá tan bueno! ¡Y tan gran torero!

—¿Más que Rafael?

—Rafaé siempre fué más artista que José, ¿m'ha comprendio? Naturalmente que José tenía también lo suyo como artista. Me acuerdo una vez, en Madrid, al banderillá a un pájaro de Sartillo—«to un mozo», con cuatrocientos cuarenta kilos en la caná—, fué y me dijo: «Ese sitio der burlaero lo necesito yo; Arvare, quítate de ahí.» Entró por lo de adentro tan aprefao..., que si no me quito, no sé... —Igualito que hoy.

—Hoy salen a toreá con la cartilla aprendía antes de hacé el paseo. Vamo... que llevan la faena, ¿m'ha comprendio?, en el canto la memoria.

—¿Recuerda el toro que le brindó Rafael a la Guerrero?

—Uno, no: dos. ¡Qué faena! Mejó aún que la que le brindó a Tita er Chispa, er Barcelona. Le había brindio er cantao aquella noche a Rafaé una de esas cosa... que cantaba, y Rafaé le mandó un parco brindándole su último toro de Benjumea. Fué to eso el año trece. Y el toro dando ca chaquetazo... y armando más ruido que er tren que pasa por Villacaña.

—Usted tenía gran ascendiente con él. Tengo entendido...

—Mucho, mucho. Me acuerdo en una ocasión, cuando el debú de Correa Monte en la Monumental de aquí, de Sevilla... Yo le hablé, pa sacá al muchacho, a don Manué Pineda; pero... ¡era tan difícil! Se enteró José de mi deseo, y momento ante de hacé er paseo, en una corria que atoreaba con Fortuna, fué y le dijo a Pineda: «Mire usted, don Manué: esa corria que hay en los corrales, de Benjumea, y que la tengo prepará pa Puente Gení, como usted sabe, la vamos a dar como novillá er domingo pa sacá a ese muchacho de Triana de que le habló Arvare.» Y, en efecto, así se hizo. Anteriormente lo había visto atoreá en un tentao, y me indicó: «Arvare, pa ese muchacho poca casta y mucha presencia. Tiene mucho való, pero...»

—¿Es cierto, Manuel, que quiso ser usted matador?

—Argo había. En Madrid atoreamos las dos cuadrillas de Rafaé y José a beneficio de Blanquito: por cierto que los dos mataores actuaron como banderillero. Er mundo a revé. Pero... ¡qué bonito!, ¿m'ha comprendio? Po, ¿y cuando le brindó Rafaé un toro, en Barcelona, ar generá Primo de Rivera? Fué ar muelle a esperar, y cuando se echó abajo der barco, se le acercó, porque tenía mu buena amistad con él, y fué y le dijo: «Mi generá, esta tarde le voy a brindá un toro.» Y llegó la hora de los toros, y Rafaé, más cansao en er patio caballo..., como que se llevó to la mañana anda que te anda por toa Barcelona. Tanto, que me dijo, ante de hacé er paseo, que le llevaran un poco café sin azúcar. Le salió un barbián... ¡Un vendavá era aquello! Lo cortó dos o tres veces y le hizo a renglón seguido to lo más bonito der toreo... ¡Qué arte!

Lentamente, y parándonos cada vez que el gran rehiletero señalaba tal o cual suerte pretérita, en la abstracción de su charla, le acompañamos hacia su casa, allá en Triana, a orillas del río que le vió nacer y frente al clásico coso del Arenal, romántica atalaya de su más feliz recordatorio.

M. PAREJO



El "Pollo Posturas", en la actualidad

LOS TOROS Y LA MUSICA COMO PENSO Y ESCRIBIO JOAQUIN TURINA SU "ORACION DEL TORERO"

Por M. BARBERI-ARCHIDONA



Maestro Joaquín Turina



El tema taurino ha sugestionado en España, y fuera de España, a los músicos dramáticos. Antes de que Bizet hiciera triunfar su *Carmen* por todos los escenarios del mundo, nuestro Barbieri había escrito *Pan y toros*, una obra maestra del teatro lírico español, y más modernamente, el maestro Penella ha dado una de las mejores zarzuelas con que cuenta el repertorio nacional con su *Gato montés*. Muchas otras obras, de importancia varia, aluden más o menos directamente a la fiesta extraordinaria, cuya luminosa fuerza dramática se ha condensado, además, en la

presión de un género musical mucho tiempo juzgado baladí, pero que reúne verdaderas condiciones de originalidad y belleza y que ha producido ya verdaderas obras maestras: el pasodoble torero. Pocas obras de género podrán igualarse a la intensidad emotiva de *Suspiros de España* o de *La Giralda*, conocidas por todos los públicos del mundo.

Pero no existía en la historia musical una obra de música pura, inspirada en los toros. El tema que parece fácil para sugerir realidades pintorescas, no se había infiltrado en las elevadas abstracciones del arte sinfónico y mucho menos a la música de cámara.

La reciente audición de una de las mejores y más inspiradas y personales obras del maestro Turina: *La oración del torero*, en la que se condensan y se exaltan todas las cualidades más genuinas y apuradas del célebre músico español, nos sugirió el deseo de conocer cuál fué su punto de vista artístico al escribir esta obra singular, con la que ha hecho escalar a un tema tan entrañablemente español y popular las cimas más altas y difíciles del arte.

Aclaremos que el maestro Turina es un ferviente aficionado a los toros.

—Ferviente y platónico — aclara el compositor sonriendo —, porque no voy casi nunca a una corrida. Unas veces me falta el tiempo y otras la salud para ello.

La oración del torero fué escrita hace cerca de veinte años, en Madrid, aunque, como toda su obra, esté impregnada de fuerte aroma popular andaluz. Entonces el maestro era un asiduo concurrente a los toros. Y de ellos captaba una de las emociones y de las sugerencias más profundas que la fiesta encierra: el rumor. Ese rumor que comienza en la calle, en la oleada vocinglera de masa humana, excitada por el sol y el entusiasmo que se derrama por pasillos y escaleras del coso, que se concentra en el anillo, como un estallido ondulante de marea viva, que se encrespa o se acalla, que irrumpe o se sosiega en ansiosos silencios durante las emociones de la lidia... Aquel rumor incendiado por la luz de la tarde, realzado por la música de los pasodobles y el grito de los clarines me sugestionaban. Yo había sentido muchas veces la tentación de traducir en música toda la impresión que en mí producía la voz múltiple de la

fiesta... Pero también me atraían los aspectos varios, profundos y sugestivos, de la emoción religiosa popular y sobre todo... andaluza. Hay una expresión puramente andaluza del sentimiento religioso. Esto lo había sentido y expresado, antes que yo, Eduardo Torres, viejo organista de la catedral de Sevilla que ya hace muchos años hizo algunas obras en que reflejaba ese sentimiento religioso popular; entre otras una «Petenera» muy inspirada...

—Yo trato de dar la misma sensación, si bien en forma algo más objetiva—sigue diciéndonos el maestro Turina—en mi poema sinfónico *La Procesión del Rocío en Triana*. Una tarde de toros en la Plaza de Madrid—aquella Plaza vieja, armónica y graciosa—, vi mi obra. Yo estaba en el patio de caballos. Allí, tras de una puerta pequeñita, estaba la capilla, llena de unción, donde venían a rezar los toreros un momento antes de enfrentarse con la muerte. Se me ofreció entonces en toda su plenitud aquel contraste subjetivamente musical y expresivo de la algarabía lejana de la Plaza, del público que esperaba la fiesta, con la unción de los que, ante aquel altar pobre y lleno de entrañable poesía, venían a rogar a Dios por su vida, acaso por su alma, por el dolor, por la ilusión y por la esperanza que acaso iban a dejar para siempre dentro de unos instantes, en aquel ruedo lleno de risas, de música y de sol...

—Por aquel entonces—1925—el cuarteto Aguilar, un cuarteto originalísimo, de laúdes, que había llegado a alcanzar una gran calidad interpretativa, me había pedido una obra para incorporarla a su repertorio. Yo escribí *La oración del torero* tal como la había visto y sentido en aquella tarde de toros.

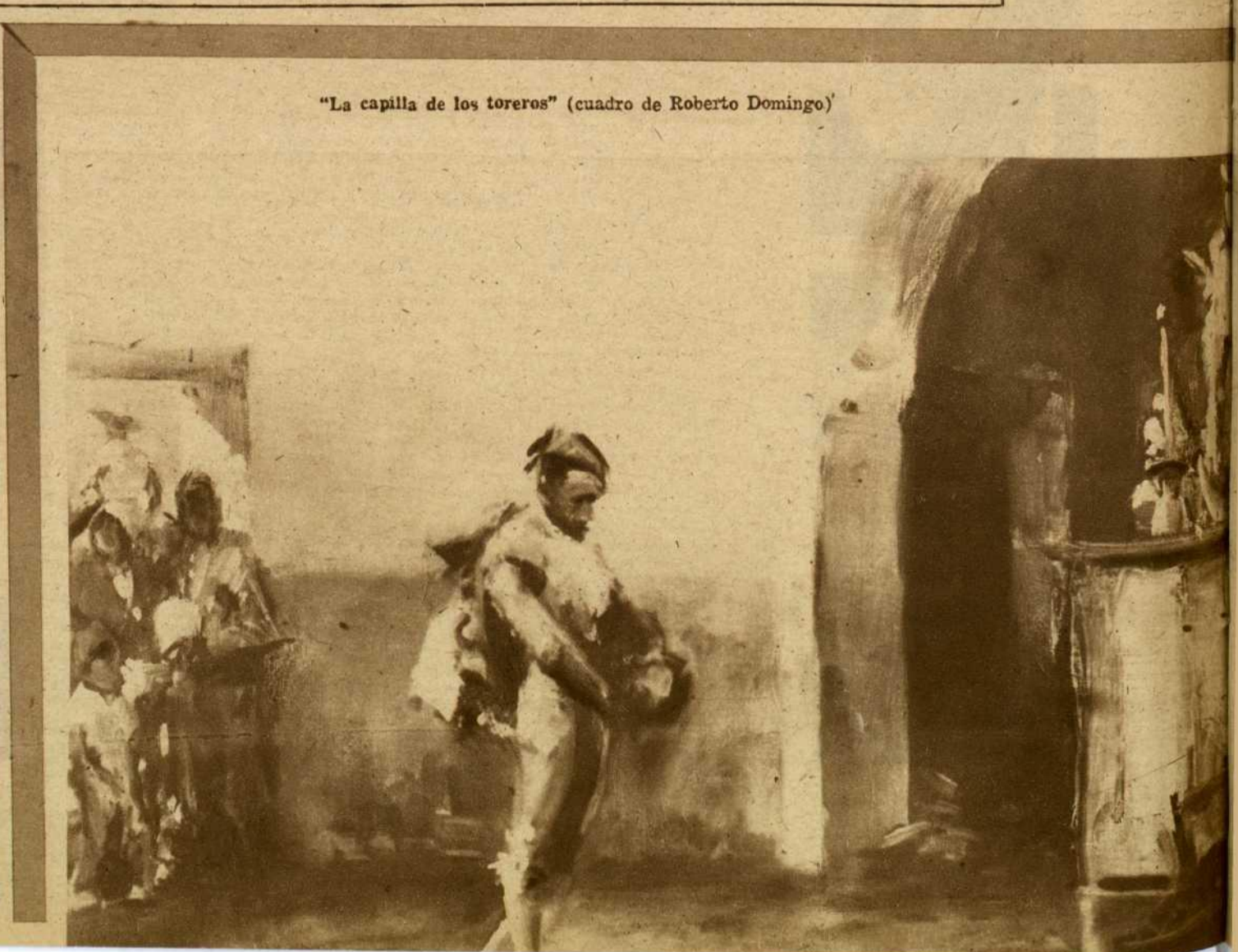
Más tarde, después de recorrer con ella triunfalmente muchos puntos de Europa y América, el cuarteto Aguilar se deshizo y la partitura original se perdió. Pero yo ya la había transcrita a cuarteto de cuerda, que se interpretó por agrupaciones de música de cámara en varios conciertos.

El maestro Pérez Casas quiso incorporarla a sus conciertos y la transcribió otra vez a orquesta de cuerda, añadiéndole los contrabajos. Y así se interpreta actualmente.

Esta es, lector, la génesis y la historia de *La oración del torero*, del maestro Turina, gloria legítima de la música española y que constituye una obra única en el repertorio de música sinfónica del mundo entero.



"La capilla de los toreros" (cuadro de Roberto Domingo)



AFICIONADOS
DE CATEGORIA
Y CON SOLERA

Don Manuel Machado

crea que JUAN BELMONTE acabó con el toreo

"A LA PLAZA NO SE VA A DIVERTIRSE"

DON MANUEL EN LA
MESA-CAMILLA

Y más que un tal poeta,
mi deseo primero
hubiera sido ser
un buen banderillero...

El poeta, el gran poeta, que hubiera preferido — así, sencillamente — ser nada más — o nada menos — que un buen banderillero, nos ha acogido esta tarde y nos ha brindado una silla junto a esta familiar mesa-camilla, que él no cambia por todos los refinamientos de los más modernos sistemas de calefacción. Hemos llegado hasta su lado llevados como quien dice de la mano por don José María Cossio. Don Manuel sale poco en estos días en que sus bronquios han de defenderse contra los primeros fríos invernales. Sólo va, por la mañana, desde su domicilio a su despacho de director del Museo Municipal. Lo tiene a un paso. Vuelve a casa y ya es muy raro que salga durante todo el día.

Más adelante, cuando vuelva el buen tiempo, don Manuel saldrá ya con más frecuencia, se le verá alguna tarde en la Plaza, allá en lo alto, en un palco donde entre ocho o diez personas reúnen más saber taurino que entre todo el resto de la Plaza.

—¿Va usted mucho a los toros, don Manuel?

NADA MAS QUE TRES

Antes de contestar, este don Manuel, gran poeta, gran señor y gran aficionado, saca la petaca repleta de emboquillados.

Don José María se alarma: «¿Pero cuándo va a dejar de fumar, Machado?» Y éste le afirma muy serio que el tabaco no es para él, sino para nosotros. Después de lo cual nos dirige una mirada burlesca y enciende tranquilamente un pitillo con la misma satisfacción de un niño que acaba de realizar una diablura. Lanza el humo con su satisfacción de cincuenta años de fumador empedernido.

Cossio balancea la cabeza. La esposa del poeta, también. Ambos quieren expresar así que don Manuel, en esto del tabaco, es imposible. Don Manuel se defiende: —Me ha dicho Jiménez Díaz que no hay inconveniente en que fume.

—Pero poco...

—Y le obedezco. Un cigarrillo muy de tarde en tarde. En la hora que estuvimos nosotros, sólo se fumó tres.

A LA PLAZA, POCO...

—No. No voy casi a los toros. Esta última temporada he estado en la Plaza muy contadas veces... Cuando sale alguno nuevo, por eso, por la novedad. Pero no estoy muy al corriente. El toreo de hoy no es para mí. A Arruza, no lo he visto. Y tengo ganas. Supongo que será como todos los de ahora. Pero, claro, la novedad... Por lo que dicen, debe de ser bueno. Méjico ha dado toreros como Gaona. Gaona seguía la escuela de Fuentes. Y había otro... ¿Cómo se llamaba, José María?

—¿Armillita?

—Ese, ése. Fermín. ¿No se llamaba Fermín?

—Fermín Espinosa.

—Bien. Yo no digo que hoy... Pero me quedo con la época de Joselito y de Belmonte. Belmonte acabó con el toreo.

LOS PASES NO AGRADECIDOS

Don Manuel toma un sorbo de café con leche, después de hacer su afirmación terminante.

—Yo vi torear de chico a Lagartijo. Luego cogí de lleno la época de Guerrita, de Mazzantini y de el Espartero.

—¿Y han cambiado mucho las cosas de entonces acá?

Se ríe Machado con verdadero placer. Sin duda, hemos caído de bruces resbalando en el plátano de nuestra falta de preparación taurina, en la pregunta ingenua. El se limita a decir:

—Bastante, bastante...

—¿Y por qué usted, aficionado de categoría y de solera, no va asiduamente a los toros en estos últimos tiempos?

—Pues, mi querido amigo, porque yo no voy a los toros a divertirme. Para eso se va uno al cine. Los toros son una cosa muy seria. Y hoy a la Plaza se va a divertirse, a pasar el rato y nada más.

—No... no le entiendo, don Manuel.

—El espectador moderno va a ver cómo el torero da muchos pases o da bonitos pases. Yo voy a que se les dé a los toros lo que sea preciso y nada más. Los pases que le dan «fuera de clavo» no se los agradezco a ningún torero.

CUANDO EMPEZO LA CRISIS

—Decía usted que Belmonte...

—Acabó con el toreo. Y conste que yo he sido belmontista acérrimo. Hizo su revolución y el toreo empezó entonces su crisis, crisis que llega y culmina en nuestros días. Cambió los terrenos. Fué una revolución, y como causante de ella es admirable. Por eso formé yo en sus filas. Pero las consecuencias han sido fatales.

—Dicen que Manolete es otro revolucionario.

—Yo no niego que Manolete tiene una cosa especial... Sobre todo, esa mano... Algo tiene en la mano Manolete, además de la muleta... Pero «la cosa» empezó con Belmonte. Se metió el primero en el terreno del toro y ése es su mérito y... ésa es la desgracia del aficionado.

—¿Cómo!

—¡Claro! El toro tiene su terreno. El torero, el suyo. Y cada uno tiene que hacer lo que le corresponda sin invadir la jurisdicción del otro. Belmonte no respetó las leyes, lo clásico del toreo, y vino la revolución. Y ahora, ¿qué pasa? Que cualquier novillero se mete en el terreno del toro porque Belmonte descubrió que se podía entrar en la zona vedada. Y ocurre que los toreros ya no pisan su terreno y, por tanto, se pierde la verdad, lo clásico... Porque lo difícil no es meterse entre los cuernos del toro y darle trescientos ocho pases, sino esperarle, embarcarlo, aguantarle y darle la salida. El toro, por su sitio; el torero por el suyo...

AQUELLA OVACION A LAGARTIJO

—¿Y es verdad que usted hubiera querido ser banderillero, como afirma en sus célebres versos? ¿No le hubiera gustado más ser matador?

Vuelve a reírse Machado. Yo le pregunto si fué por una exigencia de la rima, y esto aumenta su risa, aunque no aclara la cuestión.

—¿Cuál es el torero más completo que ha conocido usted?

—Vacilo entre dos. Quizá fue Joselito. Pero acaso fue el Guerra el más completo de todos los tiempos.

—¿Y el torero más...?, ¿cómo le diría a usted...?, más torero?



—¿El de más estampa? Lagartijo. Había que verlo y había que mirarlo. Una vez estaba esperando que le prepararan el toro. Apoyó las banderillas en la cintura en espera de su momento. Y qué hechuras, qué planta de torero tendría el hombre, que en aquel instante estalló una ovación. No ha habido otro caso.

¡ESOS PETOS!

—¿Qué suerte ha sufrido más variación?

—La de varas con los estúpidos petos. Antes se la llamaba suerte de tener. Esto es, de tener, de detener al toro. Era preciosa y tenía algo de grupo escultórico.

—Sin embargo, los pobres caballos...

—Más sufren ahora. Además, la cornada al caballo era el accidente, lo imperfecto, el fracaso del picador. Yo he visto picar corridas de cinco años y llevarse las jacas intactas. Además, probablemente, los petos estropean al toro... ¡Buena, al toro que no existe! Antes se picaba y ahora se metió todo el palo... Eso se llama asesinato.

—¿Y los públicos? ¿Cree usted que han cambiado mucho?

—Han ido perdiendo conforme han ido aumentando. La ley del descanso dominical influyó lamentablemente en este aspecto al volcar de pronto sobre los tendidos a grandes contingentes de espectadores tan gritones y exigentes como poco entendidos. El espectador, cuanto más inteligente, es más tranquilo. Ahí tiene usted al de Sevilla, por ejemplo, a pesar de que también se ha estropeado bastante. El hecho es que el aficionado de veras se ha diluido en esa multitud que acude hoy a los cosos y consecuencia del espectador de hoy es el toreo de hoy. Antes las cosas se hacían con un fin, el de preparar al toro para la muerte. Ahora se ha cambiado la finalidad, o mejor dicho, cada cosa aislada es un fin en sí misma. Eso me parece absurdo. Es como el toreo de rodillas. ¡No, no! De pie y a su distancia.

PARA QUE EL PUBLICO DESPIERTE...

—¿Ha tenido usted amistad con toreros?

—He conocido personalmente a muchos, pero no he frecuentado el trato más que con Belmonte, y de los antiguos, Fuentes. Los toreros, por lo que yo sé, son gente muy buena y de grandes condiciones morales. Al que si conocí mucho siendo yo un niño, era a el Espartero. Por cierto que cuando lo gustaba una tela se mandaba hacer seis u ocho trajes iguales.

—¿Cree usted que el público acabará por cansarse del toreo actual?

—Eso ocurrirá el día en que salga un torero que por hacer algo nuevo, vuelva a lo antiguo.

Otro cigarrillo—el último, en honor de estos señores— y don Manuel, que se queda junto al brasero, a la mano el lápiz, bajo su frente las cuartillas en las que se dispone a escribir su artículo semanal para *Informaciones*...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

Historia taurina de VICENTE PASTOR

¡Se acabaron los embolados!—La presentación como becerrista en Madrid.—¡Cinco horas vestido de torero!—El Chiclanero se quedó inédito.—Un empresario espléndido.—El beneficio de Llaverito.—La seriedad de Vicente.—Sus actuaciones en el Puente de Vallecas.—Una taberna incubadora de matadores de toros

II

EMPRESARIO de la Plaza madrileña, don Bartolomé Muñoz—Bartolo, como le llamaban los aficionados—, la tenía subarrendada para la temporada invernal al ganadero don Víctor Biencinto.

Apenas iniciada ésta con aquellas novilladas, bajo una temperatura glacial, en las que generalmente actuaban dos matadores, llenándose únicamente las localidades de sol y haciendo los diestros todas sus faenas en los tercios correspondientes a los tendidos del 6 al 7, porque en los de sombra aun duraba la escarcha de la noche anterior, no faltó el consabido epílogo de los embolados con la presencia del Chico de la Blusa, el que en una ocasión tuvo que colarse en la Plaza, gateando por su fachada, porque estuvieron ausentes de su bolsillo los setenta y cinco céntimos que costaba un billete de andanada.

Aquel espectáculo de los embolados, bárbaro y sangriento, que tantas desgracias venía produciendo, empezó a ser duramente combatido por los periódicos, y tales caracteres tomó el asunto que de un plumazo el entonces gobernador civil de la provincia le suprimió.

La medida contrarió en extremo al empresario y más aún al Chico de la Blusa, porque con tal hecho se le cerraban las puertas de su escuela tauromáquica.

Independientemente de los cuatro pescozones que Vicente ya había recibido del autor de sus días por su obstinación en ser torero, fué aquella orden gubernativa el primer obstáculo con que tropezaba en su arriesgada carrera.

¡Adiós sus ilusiones! ¿Cómo poner en práctica con los embolados todo lo que momentos antes veía hacer a los profesionales?

Era para él morrocotudo el conflicto, porque Vicente, por intuición además y sin que hasta entonces hubiera recibido lección o consejo alguna, procuraba con su fina observación asimilarse el estilo con que en aquellos tiempos se toreaba. Y no estaba tampoco en plan de asistir a las capeas.

En su casa, para el sostenimiento de sus padres y de sus hermanos Miguel, Teresa, Rafael y Alfonso, tenía que aportar su granito de arena

y no debía abandonar el trabajo. Además, ya había asistido en algún día festivo a las capeas que se celebraban en los pueblos cercanos a Madrid, recorriendo a pie las polvorientas carreteras, y poco vió en ellas que podía aprender.

Sabía que poseía el valor y la serenidad suficientes para ser torero y sobre esta indispensable base descansaban todas sus ilusiones.

Cuando por vez primera se lanzó al ruedo madrileño para ponerse delante de uno de aquellos embolados, antes de pisar el albero, estuvo observando desde el callejón el ir y venir de los moruchos.

—Al pasar el embolado cerca de mí—habla ahora Vicente—y al oír el resoplido de la res con el ansia de coger a los aficionados, me entraron deseos de que alguno de aquellos sopidos me los hicieran a mí para ver qué impresión me causaban.

Y seguidamente, como ya hemos dicho, se lanzó al ruedo el chiquillo con larga blusa azul, dando pases de muleta con la roja cortinilla arrancada de la berlina.

Hondamente preocupado con la determinación que en lo sucesivo tenía que adoptar, fué avisado a los pocos días para que se personase en la taberna de Lumbreras, existente entonces en la calle de Espoz y Mina, donde se reunían toreros y aficionados.

Quería verle allí el empresario Biencinto, y este aviso no dejó de inquietarle.

—¿Quieres torear el domingo en Madrid?—le preguntó don Víctor.

—¡Ya lo creo!—contestó lleno de júbilo Vicente.

—Pues no hay que hablar más—agregó Biencinto—. Arréglate los avios y ya irá a buscarte el coche a tu casa.

Vió entonces el aprendiz de torero el ciclo abierto con tal proposición. ¡Torear en Madrid y vestido de luces!

¡Con las ganas que él tenía de hacerlo!

Ni pudo comer con sosiego durante aquella semana, ni en la víspera de la corrida conciliar el sueño.

Cuando en una de las calles llegó a contemplar el cartel anunciando la corrida, se quedó absorto. Sí. Su nombre estaba allí, impreso con gruesos caracteres.

Vicente Pastor, el Chiclanero.

¿Pero a quién se le había ocurrido ponerle el apodo del famoso lidiador?

¡Bah! No importaba. Lo esencial era que él toreaba en la Plaza de la carretera de Aragón. Lo del apodo ya se arreglaría.

¡Qué razón tenía el refrán! ¡No hay bien que por mal no venga!

¡Qué le importaba ya la supresión de los embolados!

**

Esta combinación que el empresario Biencinto había preparado para el día 24 de marzo de 1895 tenía todos los caracteres de un pisto taurino.

Dos toros de don Fernando Pérez Tabernero, de Salamanca, para el matador de alternativa, Gabriel López, Matelto.

Cuatro novillos del mismo ganadero para los novilleros Joaquín Hernández, Parrao, y Joaquín García, Picalimas.

Y un becerra, con dos años, de don Isidro Esteban, vecino de Miraflores de la Sierra, para el ya famoso Chico de la Blusa.

Llegado el día de la corrida, Vicente, con un traje azul y plata, alquilado, estuvo vestido de torero, en su casa, desde las diez de la mañana hasta la hora en que el coche fué a recogerle para llevarle a la plaza.

Acompañáronle como banderilleros, Juan Otero, Laví; Emilio Fernández, Frascuelillo, y Tomás Alarcón, Mazzantinito, su gran amigo, más tarde también matador de toros.

Pródiga la corrida en incidentes, El Chiclanero se quedó inédito, porque cuando pisó la arena el torero, la noche, con su consabido manto, se hizo dueña de la situación, y el presidente, sin que Pastor llegase a entrar en funciones, dió por terminado el espectáculo.



Vicente Pastor en su primera época de matador de toros

¡Mala suerte la del muchacho en aquella su primera salida con el traje de luces!

—Oye, Vicente—le pregunté en una ocasión—.

¿Cuánto te dió el empresario por aquella corrida?

—Pues... agárrate. ¡Quince pesetas!

**

Aun tenía España en aquella época sus posesiones de Cuba y Filipinas y con bastante frecuencia se celebraban espectáculos, taurinos y teatrales, organizados por los interesados para redimirse del servicio de las Armas, creándose con ello en la vida social un desigual estado por no ser obligatorios los deberes militares para con la Patria.

Eduardo Leal, Llaverito, entonces novillero, y hermano del hoy ex matador de toros y asesor Cayetano Leal, Pepe Hillo, organizó con aquella finalidad un festival en la vieja Plaza, que tuvo lugar el 10 de mayo del último citado año.

Encontró para ello un gran apoyo en dos redactores del noctámbulo diario *Heraldo de Madrid*, uno deportista, Adolfo Rodrigo, que popularizó el seudónimo de «Juanito Pedal», y otro taurino, el inolvidable Ángel Caamaño, el Barquero.

Tomaron parte en la fiesta «Juanito Pedal», que dirigió como prólogo una carrera de cintas en bicicleta.

El famoso picador José Bayard, Badila, rejoneó y mató, lucidamente, un torete.

Otros dos fueron picados por Tomás Mazzantini y los novilleros Cándido Martínez, Manchiguito, Cayetano Leal, Pepe Hillo, y Francisco Piñero, Gavira.

Los picadores El Calero, Julio Vicente, Carrajas y Francisco Codes, Melones, colocaron banderillas, siendo los becerra muertos a estoque por los también picadores Manuel Rodríguez, Cantares, y Salustiano Fernández Chano.

Anunciado Vicente ya con el remoquete de Chico de la Blusa, para despachar un becerra, obtuvo un lisonjero éxito, demostrando, según el revistero de *El Torero*, un arte y una inteligencia que ya querrian muchos que pasan por astros de ironía, pues hasta intentó la suerte de recibir.

El festival constituyó también otro éxito económico. Llaverito se vió libre del servicio militar y aun sobraron unas pesetas para obsequiar con un banquete en el Hotel Roma a cuantos tomaron, gratuitamente, parte en el festival, no faltando al ágape, hecho un hombrecito, el Chico de la Blusa.

La siguiente anécdota refleja la seriedad que desde niño acusó el protagonista de esta historia.

En el expresado festival sacó Vicente una montera que le había prestado Domingo del Campo, Dominguito.

Habíale prometido Vicente devolvérsela en seguida, y apenas se despojó del traje de luces, cogió la montera y sin pérdida de tiempo se dirigió con ella debajo del brazo a la calle del Amparo, donde vivía entonces el torero madrileño, y como según su madre

ya se había marchado a la estación del Norte, porque tenía que torear al día siguiente, ante el temor de originarle un perjuicio, y acompañado del que estas líneas escribe, salió corriendo para la estación, en cuyo andén aun se encontraba Domingo.

—Te he visto esta tarde. Enhorabuena, muchacho. Sigue por ese camino—le dijo Dominguito.

Y al devolverle Vicente la montera, agradecido, le dijo nuevamente: «¿Por qué te has molestado? ¿Te creías, acaso, que no tenía otra?»

**

El triunfo de El Chico de la Blusa produjo entre sus amigos del barrio la consiguiente alegría.

A el Zebeque, el Sevilla, el Bomba y Ramón el cartelero no les cabía la camisa en el cuerpo, porque la calle de Santiago el Verde ya tenía en el torero su representación taurina.

Desde hacía años venía funcionando en el Puente de Vallecas una placita de madera, con un aforo de tres mil localidades.

Eran sus propietarios José Fierro y un matarife, Antonio López, el Peñero, padre del banderillero Santos López, Pulguita.

Por aquella placita desfilaron toreros que luego gozaron de gran cartel y en ella nuestro Chico de la Blusa tomó parte en dos corridas que tuvieron lugar el 10 y 24 de junio del expresado año 95, lidiándose en la primera reses de Fierro y en la segunda de Aleas.

En estas corridas también actuaron los novilleros Germán Sánchez, Serenito, Rosado, Redondillo, Frescuras y Galditano.

Fueron las citadas las cuatro únicas corridas en que actuó Vicente en aquel año 1895, quien se hizo asiduo de una taberna, aun existente, en la casa número 4 de la calle barriobajera de Santa Ana, taberna famosa en los anales tauromacos, como verá el lector.

Duero del establecimiento un modesto actor dramático, Hipólito Rodríguez, concurrían a él algunos toreros, entre éstos José Roger, Valencia—banderillero que fué del Espartero y más tarde dueño de la taberna—y los picadores Francisco Codes, Melones, y Manuel Rodríguez, el Baulero.

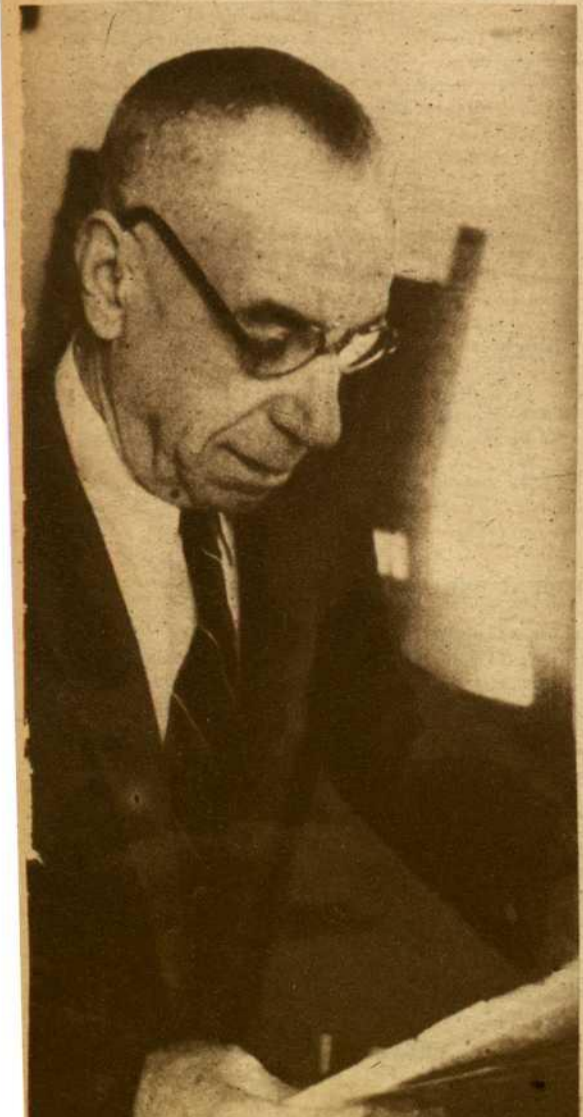
De todos ellos, y particularmente del señor Pepe Valencia—como le llamaban los aficionados—, escuchó el Chico consejos taurinos, recogiendo los del famoso ex banderillero valenciano con verdadero interés.

Y así transcurrió aquel invierno del 95 al 96, en la histórica taberna coletuda, en la que nació el otro Pepe Valencia, padre del actual matador de toros de igual nombre, stasea, como aun se llama en aquellos barrios populares a los pocos establecimientos que aun quedan de esta clase y que andando los años pasó a las manos del padre de Antonio Márquez, en la que éste vivió cuando era novillero puntero, hasta el momento de ser también matador de toros.

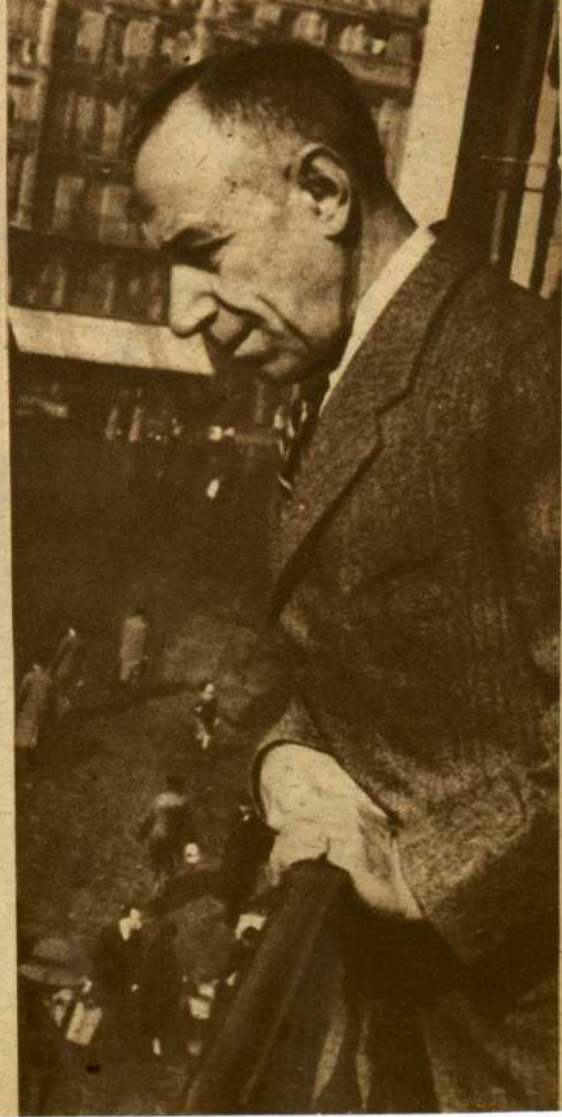
DON JUSTO

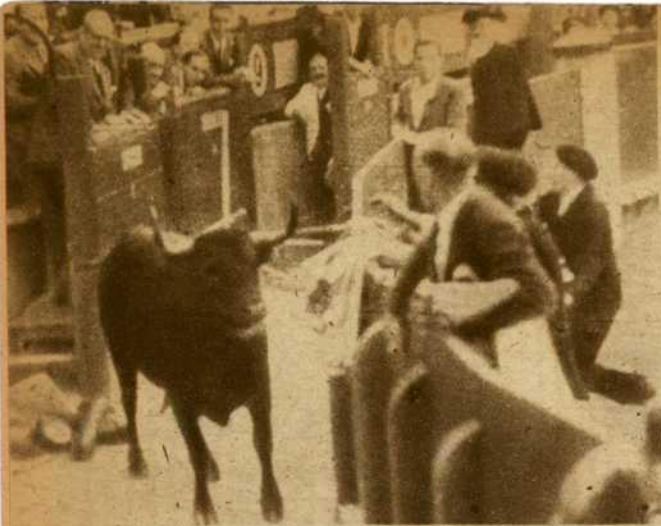


Vicente Pastor visto en el despacho de su casa hace trece años. En la pared, la cabeza del toro Aldeano, de su alternativa



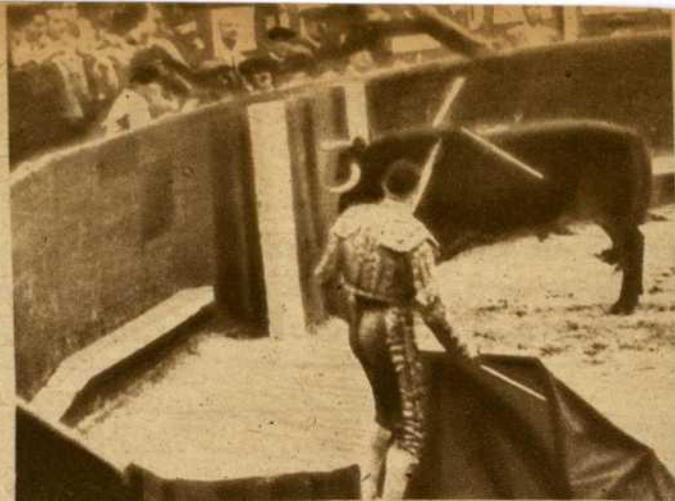
Con su madre (ya fallecida), en el comedor de la casa donde aun habita el popular ex matador de toros





DE BUENA FE TOMAR EL OLIVO

por JOSE CARLOS DE LUNA



ASO el dicho al dominio público como expresión despectiva y burlesca para todo el que, huyendo de un peligro real o ficticio y no confiando en su propia agilidad o destreza, se pone a salvo como puede, ocultándose como Dios le da a entender.

No pensamos tomar el rábano por las hojas, buceando en los orígenes de la frase, por si del ruedo saltó al arroyo o del campo se coló en el ruedo con entrada de sol. Nos interesa juzgarla desde nuestra localidad, y en corrida de campanillas.

El callejón, en las Plazas de Toros, es el lugar para los servicios y asistencias; la barrera los delimita, garantizándolos de posibles esabaciones, y en última apelación, sirve también la barrera—el olivo—al torero apurado para interponer entre el toro y el momentáneo fracaso de su arte o habilidad una cosa eficiente y tangible donde la bravura se burla y la torpeza respire.

A nuestro modo de ver, nada tan poco airoso como saltar la barrera, aunque pueda alabarse muchas veces la limpieza acrobática de la ejecución.

Ninguno de los antiguos ruedos dispusieron de callejón. Cuatro burladeros bastaban como posibles asilos para casos imprevistos y justificadísimos, y ningún torero que se preciara de serio buscaba en ellos resguardo de las acometidas, ni aun siquiera el refugio para las enconadas persecuciones de la res, cuando lo fué ligera y codiciosa. El peón, corriendo por dentro, recorta si pierde terreno, y siempre debe estar a la mira un compañero para tender su capote si lo ve comprometido; pero esto de embeber al toro en la carrera para, ocultándose como por encantamiento tras un obstáculo en el que el animal remata y se destroza, es cruel, feroz, inadecuado y de trasnochada cuquería: el cateto da un ¡ah! de aquietamiento a sus nervios en alas, y el buen aficionado depora la mala intención con que los lidiadores inician sus funciones.

El toro es el enemigo del torero; pero ni uno ni otro lo son del público, que pagó su entrada para ver cómo el arte y la agilidad dominan a la fuerza, no imaginando—o no debiendo consentir—que los dos estimadas cuerdas sean suplantadas por la cazurrería. El toro, en la fiesta nacional y popular,

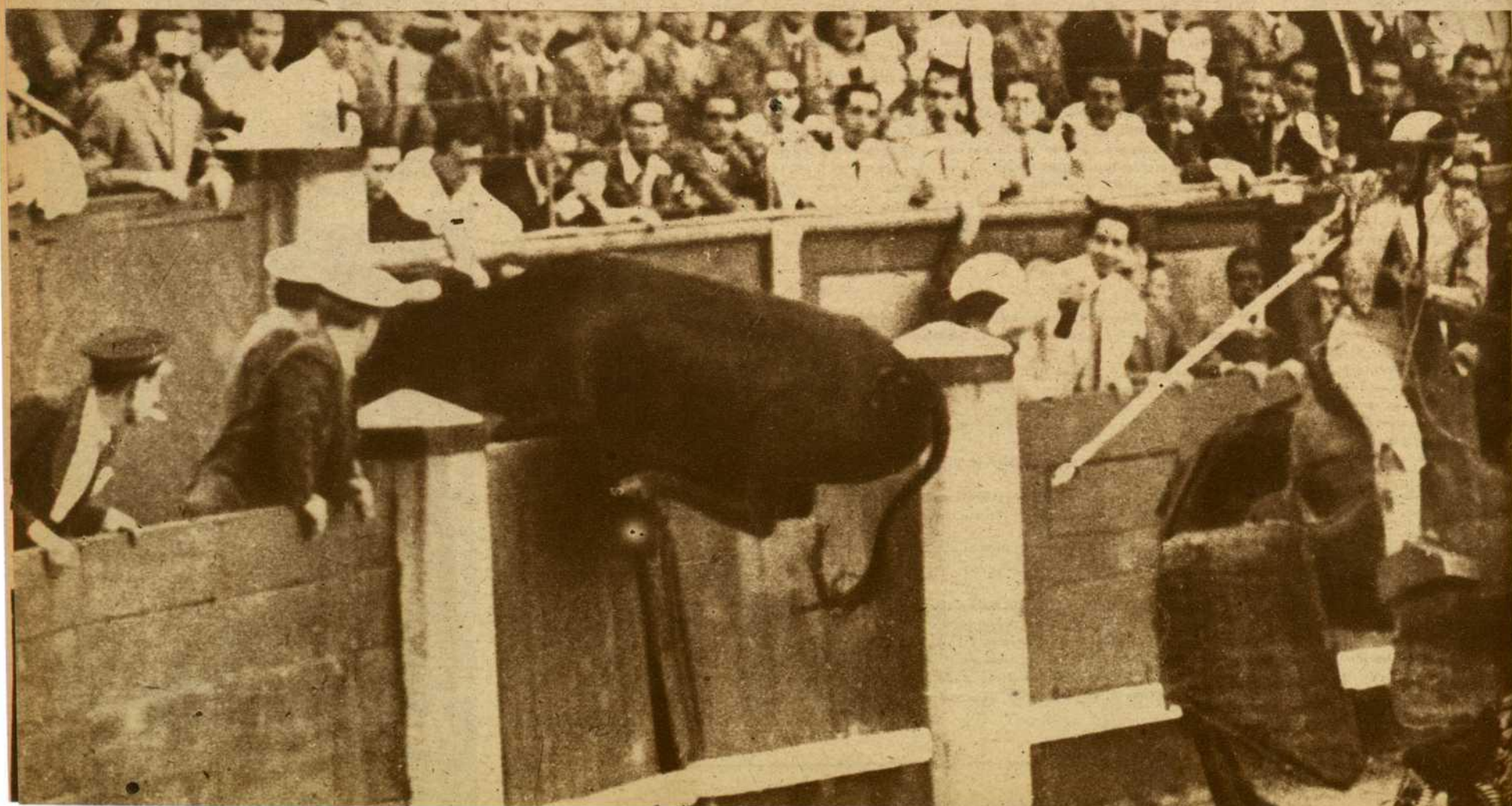
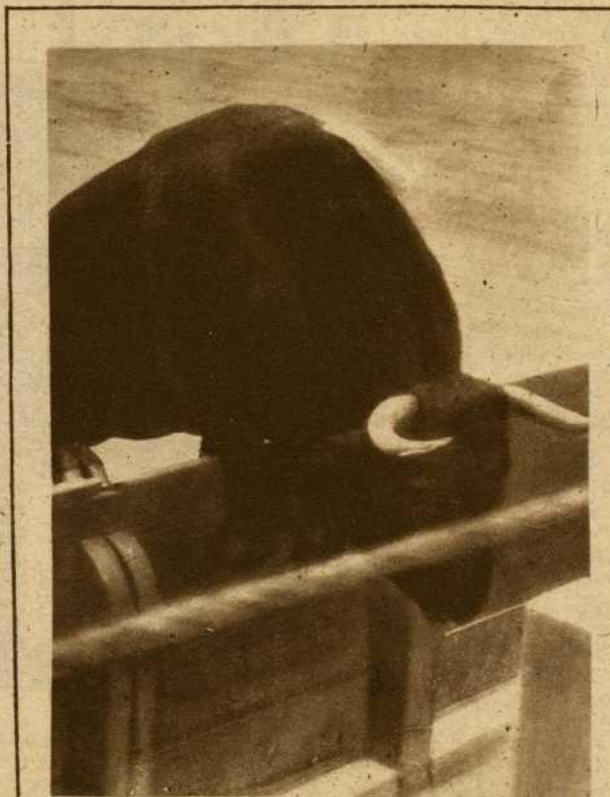
salta al ruedo para que se burlean sus instintos y se quebrante el poder. De la brutalidad se encargan los picadores con sus lanzas y natural idiosincrasia, quedando para los toreros el arte y la habilidad, pero al servicio de la inteligencia y de la valentía, agotando a la res hasta dejarla en condiciones para la suerte suprema: ¡matarla con la espada!, que no es saltarle los sesos contra un pilar o descornarla contra las tablas a cuenta de las ofendiosidades de tal o cual peón ansioso de ganar privada categoría.

Abogáramos de buena fe por que se suprimiera el callejón, desde el que perturban la lidia con idas y venidas—¡tantas veces intencionadas!—aspavientos y musarañas, peones en descanso aparente, monosabios sabihondos, mozos de espadas y pompas y muchos otros transeúntes que cada pueden alegar en justificación de sus callejomanos escarros.

Cuatro o seis burladeros bastan para los imprescindibles servicios y sobran para los casos apurados, que pueden ser hijos de un momentáneo descuido, pero nunca del irrazonado aturdimiento ni de la mal intencionada bullanga que en todas las corridas contemplamos como cosa ya natural y sin posible rectificación.

Si al poco temor que infunden los toros se suma la fácil defensa que rodea al lidiador, que "toma el olivo" cuantas veces le acucia la pusilanimidad o la malicia, medida a sus anchas y sin que el público las repare, no queda emoción en el espectáculo ni para conmover a una usulina; y de aquí que la afición, por no desmoronarse definitivamente, se agarre al oropel e imagine para patochadas y camelos ditirambos nunca oídos. Vamos, que se sugustiona y se enderiza para no ahogarse en el plato de nabillas.

Que exija el aficionado sus derechos y que se despierten en el torero sus deberes, que el torillo cumpla casi siempre los suyos, muriéndose de vergüenza y apocamiento desde el primer tercio..., porque percibe su complejo de inferioridad.



TEMAS TAURINOS

LA ESTOCADA

Por FELIPE SASSONE

ESTUDIADAS y discutidas suficientemente, aunque sin agotar el tema, que pudiera ser inagotable, las suertes de matar a volapié, arrancando y recibiendo, debiéramos hablar ahora, y ya aludimos a ellas con anterioridad, de las suertes llamadas de recurso. Pero es el caso que la de matar a media vuelta—o vuelto sólo al cuello del toro, lo que se llamaba herir “con aviso”—y al revuelo de un capote, o de un pase, sin preparación y por sorpresa, ya no las tolera el público de nuestros días, exclusivamente aficionado al “pasa, torito” y a las suertes elegantes, y para quien carece de interés la lidia del toro de sentido. Sean cuales fueren las condiciones del enemigo, el público de hoy, de acuerdo con la osada sentencia de Frascuelo, exige que se mate siempre “por la cara”, y el único recurso tolerable que concede a los matadores con el toro que no se iguala o no deja colocar al diestro, es la suerte a paso de banderillas. Pocas palabras hemos de emplear en definirla, pues que con sólo enunciarla se sabe que consiste en entrar a matar como en un par de banderillas al cuarteo, y toda su dificultad estriba en la buena colocación del estoque, cuando no se entró a matar desde cerca ni se hizo ajustada la reunión, ya que en el “paso de banderillas”, con el toro difícil, no siempre es posible cuadrar en la cabeza, como en el cuarteo con los palos, ni indispensable, porque se hiere con una mano sola y no se para, y porque se hace “a la camara” para pasar sin peligro y lo antes posible. Vamos, pues, a estudiar la colocación del estoque, la estocada en sí, y aunque el tema es árido y la expresión difícil, ni la dificultad ni la aridez son motivos suficientes para que el lector renuncie a su curiosidad y nosotros a nuestra obligación.

El acero ha de entrar por aquella parte del toro que los técnicos llaman “todo lo alto”, “la cruz”, “las agujas”, “los encuentros”, y, no sé por qué, “los rubios” y “las péndolas”. Suele decirse, para elogiar una buena estocada, que está “en todo lo alto del morrillo”, y es una manera de decir que se entiende y admite, pero que no responde a una absoluta exactitud. La estocada en lo alto del morrillo será siempre una estocada delantera, y ese es el sitio para los puyazos, porque por allí, aunque la herida sea superficial, sangran mucho los toros y la pérdida de su “humor vital”—esta clasificación me parece que es de Sancho Panza, y se referiría a la sangre del hombre—lo hace salir de la suerte de varas ahormado y en condiciones de ser torreado con desahogo, porque sus embestidas y arrancadas son más leptas. Por eso, algunos matadores, ante el toro duro y difícil, pinchan deliberadamente en el morrillo antes de dar la estocada definitiva, que esa ha de entrar, repito, un poco más atrás, donde el morrillo desciende en su curva y empieza a cambiar de nombre, porque inmediatamente sigue el centro de los lomos del animal. El estoque ha de entrar en la cruz, ya se ha dicho; esto es, casi a la misma altura que las patas delanteras del animal, entre las dos paletillas. Para que la estocada sea certera y de efecto rápido habrá de partir la corteza del toro o interesar vasos importantes del mediastino, con lo que el animal caerá muerto casi instantáneamente y no hará falta rematarlo con la puntilla. El estoque ha de entrar derecho, con respecto al plano vertical que ocupan las dos manos del torero, la del estoque y la de la muleta, y en dirección oblicua para formar con la recta del lomo del animal un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, aproximadamente. Cuando el ángulo resulte



más agudo se dice que la estocada está “tendida”, y cuando el ángulo es mayor de cuarenta y cinco grados se dirá que la estocada es perpendicular. Tampoco esta definición se ajusta a la verdad, porque para considerar perpendicular la colocación del estoque tendría que formar un ángulo de noventa grados con el lomo del animal. Se dice así para entenderse más fácilmente, ahorrando palabras y explicaciones prolijas. La estocada exactamente perpendicular es muy rara, y aquella en la cual el acero pudiera formar con el lomo un ángulo obtuso, es prácticamente imposible. El matador entra a matar por la cara; hiere antes de que le haya pasado el toro, precisamente en el momento de pasar, y pues que lo hace de delante a atrás no puede nunca producirse, para formar el ángulo obtuso, una estocada de atrás a adelante, en sentido contrario. La inclinación, pues, más o menos marcada de la oblicua que traza el acero, como la cantidad de éste que haya penetrado en el cuerpo del animal, como las desviaciones que el estoque pudiera tener en sentido lateral, como la variación del sitio de entrada más o menos alto, más o menos bajo, o trasero o delantero, cuando no dependan de taimada intención del matador, para herir a mansalva, dependerán, y eso es lo más frecuente, de la colocación del brazo con respecto al busto del matador y al plano que formen mano, muñeca y antebrazo, como también de la mayor o menor celeridad en el ataque, y del tiempo, antes de la reunión, en la reunión o pasada ésta, en que se hiera. Distancia, colocación y ocasión para herir son indispensables para hacerlo con acierto, y en esto se parece el toro en la suerte de matar al arte de la esgrima, pues que el esgrimista ha de cuidar, como el matador de toros, guardia, tiempo del *a fondo*, velocidad y medida.

De las diversas clasificaciones, muy numerosas por cierto, que tienen las estocadas, según su colocación y de las causas determinantes de los defectos de dichas estocadas, no podemos hablar ahora porque nos expondríamos a dejar a medias la explicación por falta de espacio.

Todo ello habrá de ser, pues, el tema del artículo próximo. Insisto en que es árido; pero no hay otro remedio, y el lector habrá de perdonarme si no puedo dar luz y alegría a un tema que, en el fondo, es absolutamente carnívoros.



CHARLA de fin de temporada

«En Madrid no he logrado encontrarme a mí mismo»
«Un cambio de puyas estuvo a punto de originar una «catástrofe»



El Andaluz con su representante, don Francisco Fernández. «¡Buena temporada!», parecen decir...



Rostro alegre de Manuel Alvarez. El año se dio bien y hubo suerte



Siempre una sombra en el semblante del Andaluz. ¡Una tarde completa en Madrid!...

FUI en busca de Manolo Alvarez, más conocido entre los aficionados por El Andaluz. Estuve afortunado, pues el diestro se hallaba ya con un pie en el estribo del tren y aún tuve tiempo de enhebrar esta charla.

A los pocos minutos de conversación preliminar, algo indefinido, que se traducía en el semblante y en las palabras de mi interlocutor, hizo barruntar que me hallaba ante un hombre sumido en un dédalo de preocupaciones nacidas de una idea obsesiva: la amargura del torero que, pese a sus esfuerzos, no ha saboreado las mieles del triunfo en la primera Plaza de Toros del mundo.

Caso insólito el de este torero dominador, artista y sabio muletero. En cuantos ruedos actúa recoge los estremecimientos de las multitudes, enardecidas por la magia de su muleta. Y esta honda emoción que el torero sevillano ha sabido transmitir a los públicos de provincias, todavía no ha podido establecerse con la afición madrileña.

No obstante, ¿cabe sentir pesimismo con un diestro que de cincuenta corridas toreadas este año ha cortado orejas en treinta y ocho? ¿Es posible no estar esperanzado con un torero que ha intervenido en casi todas las ferias, compitiendo con las primerísimas figuras?

Llegadas a este punto mis meditativas consideraciones, hube de ponerlas fin, pues ya El Andaluz, refrenada en su pecho la congoja que por unos instantes había dejado desbordar, parecía esperar el principio del interrogatorio.

—¿En dónde ha obtenido usted sus mejores tardes de la última temporada?

—En Barcelona y Valencia. En esta última he toreado varias veces; pero, para mí, destaca la fecha del 23 de julio.

—¿A qué se debe tal excepción?

—Verá usted. Toreábamos una corrida, de don José Escobar, Manolote, Antonio Bienvenida y yo. Al quinto toro me quedé solo, por haber tenido que pasar mis dos compañeros a la enfermería. En este toro y en el que cerró la corrida tuve la suerte de que todo me saliera a derechas. Nunca he tenido a un público más emocionado como aquella tarde.

—He oído decir que esa faena ha sido la mejor que ha hecho usted hasta la fecha.

—No sé, posiblemente... Me llevaron en hombros hasta el hotel, con las orejas y los rabos de los dos astados.

—¿En cuanto a Barcelona...?

—También se me dieron bien las cosas en la Monumental barcelonesa. Hasta siete veces he actuado allí este año y en todas conseguí cortar algún apéndice.

—Y su corrida más irregular, ¿dónde aconteció?

—En Castellón, el 12 de marzo. Fue precisamente la primera corrida de la temporada. Intervine con Pepe Luis Vázquez y Valencia III y se lidió ganado de Concha y Sierra. Contra mi voluntad, aparecí en el ruedo frío y desentrenado, y no hice nada que valiera la pena.

—¿Qué causas han podido influir para que hasta ahora se le haya escapado el éxito en Madrid?

—Eso mismo me pregunto yo muchas veces. Cuantas pisé el ruedo madrileño sentí que se acuciaban mis ansias de triunfar. Luego, intento poner mi alma en la lidia, y bien porque hasta la fecha no me haya ayudado el ganado o porque no consiga dominar el nervosismo que me abrumba, lo cierto es que yo, en Madrid, no he logrado todavía encontrarme a mí mismo. Parece como si saliera otro yo, desalentado y vencido de antemano.

—Todo eso son preocupaciones que debe desechar, si no quiere que lo que tanto desea se haga esperar más de la cuenta. Y ahora, dígame, ¿qué proyectos tiene para este invierno?

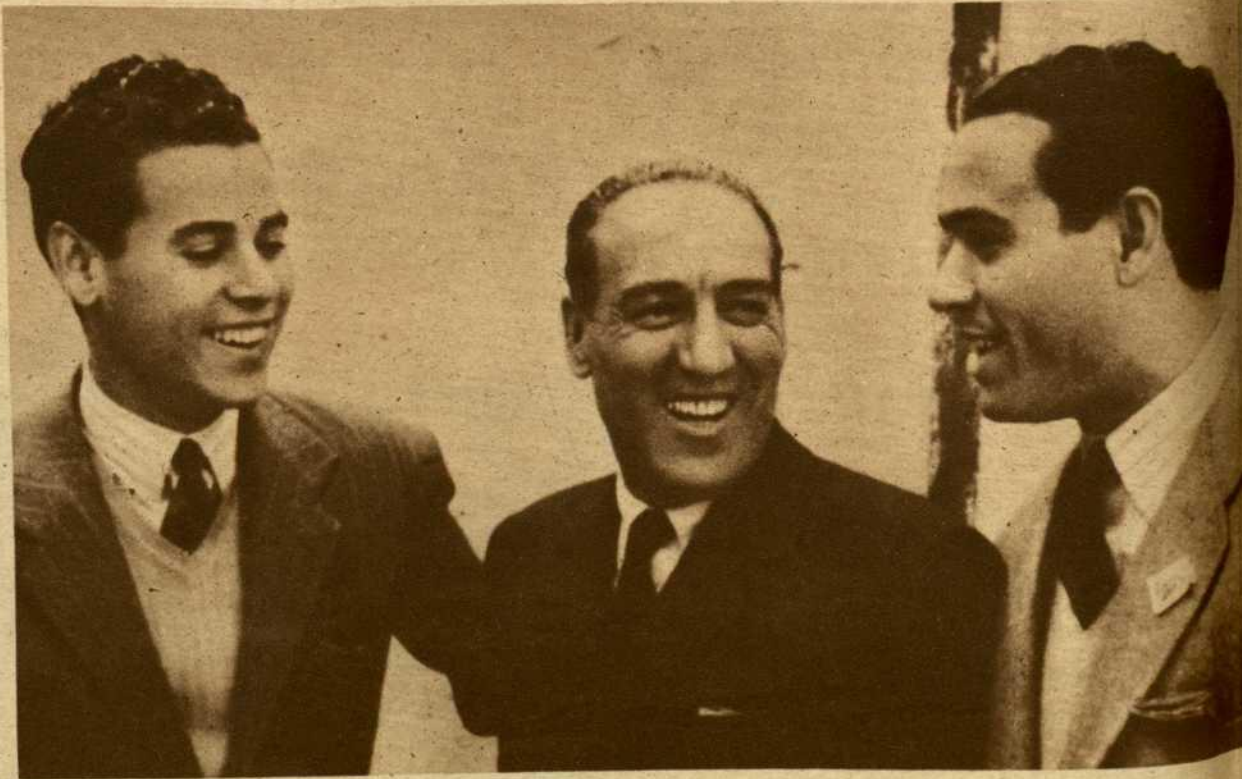
—Ahora marcho a Sevilla, a descansar entre los míos. Y en enero, a empezar de nuevo, para que la próxima temporada me encuentre a punto.

—¿Qué clase de actividades prefiere: las de la vida ciudadana o las que lleva a cabo en el campo?

—Mire usted: yo, en Madrid o en Sevilla, acabo por aburrirme pronto. En pleno campo, es otra cosa muy distinta. Las escopetas, los galgos y las faenas de las ganaderías de los amigos son magníficos antidotos contra el aburrimiento de los toreros en paro forzoso.

—Decididamente, sus aficiones están, por tanto, en la vida campestre...

—En las ciudades existen muchas complicaciones para el torero que quiera situarse. Sólo aislándose en la vida campestre se...



También fué un buen torero el tío del Andaluz. Aquí le vemos con sus dos sobrinos, en animada charla de buenos recuerdos

EL ANDALUZ habla para EL RUEDO

«La próxima temporada será magnífica para los aficionados, faenas rondeñas, clásicas y geniales, sólo recuerdo habérselas visto hacer a JUAN BELMONTE»

—¿Cree haber llegado, en el toreo, a la meta de sus ambiciones?
—Yo estimo que no he hecho otra cosa que empezar. La meta está aún muy lejana. Creeré haber llegado a ella el día que con gusto a la afición madrileña.
—¿Supone que la próxima temporada sea mejor que la última?
—La campaña se presenta francamente buena para los aficionados, ya que la competencia es la sal y la pimienta de la fiesta. Este año, los empresarios no creo se quejen de no contar con toreros atractivos para dar variedad a los carteles.
—¿Y para los toreros, ¿cómo cree usted que transcurrirá?
—El amigo Manolo no quiere ahondar en complicaciones y se limita a decir con aire inofensivo:
—Pues a nosotros no creo que nos vaya mal. Todo el secreto está en la suerte o la desgracia que se tenga en las primeras corridas.
—¿Qué opinión le merece el ganado que actualmente se estila?
—No veo con gusto el ganado pequeño y enclenque. De perder para el año próximo, mucho me temo acabe por exasperar a los públicos y por alejarlos de los cosos taurinos. Con el toro nada emociona, aun cuando el torero se deje colgar de un cuerno. Venga en buena hora el toro, ¡toro!, sin llegar a las exageraciones, naturalmente.
—¿Su torero favorito?
—Aunque sólo llegué a conocer a Belmonte en su última época, entre todos los maestros, el que se llevó mi admiración.
—Del arte del trianero, ¿qué facetas le admiraron a usted más?
—Faenas rondeñas, clásicas y geniales sólo a él recuerdo haberlas visto ejecutar. Aquel cargar la suerte con el cuerpo al dar el instante del embroque y la valentía que le echaba al dar la muleta, han quedado como piezas maestras para todos los toreros.
—¿Recuerda algún lance de interés que le haya sucedido durante la última campaña?
—Uno me ocurrió que, por lo anómalo y excepcional, no deja de tener su mijita de gracia. Callaré el sitio—una Plaza de ter-

cer orden—y el nombre del compañero que fué el verdadero protagonista del sucedido.
—Calle lo que guste y vamos al «grano».
—Se trataba de la corrida de feria, y cuando ya estábamos en el callejón para salir al ruedo, se presentó angustiado el encargado de las varas, diciendo que al abrir la caja de las puyas se había encontrado con que las enviadas eran para utilizarlas con novillos, y no con los seis «pavos» que nos tenían encerrados. Puede usted suponerse la que se armó. Los picadores de mis compañeros descabalaron, decididos a no intervenir en aquellas condiciones. Los de mi cuadrilla me interrogaban perplejos. Y mientras, el público, impaciente y sin saber la causa del retraso, daba muestras de un furor en crescendo.
—Y más, si les habían aligerado los bolsillos cumplidamente en la taquilla; pero siga usted con su relato.
—Enterado el alcalde, que presidía la corrida, y previo asentimiento nuestro, decidió que el número de varas fuera doble, en atención a la diferencia de puyas. Inmediatamente ordenó al pregonero del pueblo hiciera saber la decisión adoptada.
—Y allí se acabarían las protestas de los espectadores...
—No lo crea usted. Casi todos los públicos, y más aquellos que asisten a contadas corridas de toros, velan celosamente por que el animal reciba el menor número de varas posible. Así ocurrió en la Plaza de referencia, pese al pregón de la autoridad. En cuanto veían acercarse el toro a los picadores, ya estaban pidiendo el cambio de tercio. En uno de los toros, el presidente decidió dar gusto a la gente, aun cuando el bicho apenas si había recibido un par de arañazos. Entonces fué ella. Mi compañero dijo que bajara el alcalde a despachar al toro, que él no lo hacía, y se refugió en el patio de caballos, dispuesto a no moverse de allí, aun cuando los banderilleros ya habían concluido su misión. La gente, enardecida y dispuesta a todo, empezó a arrojar al ruedo proyectiles de todo género. Temiendo por nuestra integridad física, rogué y supliqué al espada que despachara su toro de cualquier forma. Al fin, se ablandó a mis súplicas, requirió los trastos y, sin dar un solo pase, acabó con su enemigo y con nuestros temores de salir de aquel «labyrintho» para la «enfermería».

F. MENDO



El Andaluz, con su hermano. Dos perfiles idénticos



“¡Aquella tarde de Barcelona!”, parece traer a su memoria el matador



“... y aquella otra de Valencia: ¡23 de julio!, no se me olvida.”



Belmonte y su familia, visto por la calle de Alcalá, en compañía de su tío, su hermano, el representante, don Francisco Fernández, y dos amigos. (Fots. Palomo.)

EL PLANETA DE LOS TOROS

LA COLETA

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



Juan Belmonte con coleta. Foto de sus primeros tiempos

PARECE ser que fué Juan Belmonte el primer torero que se lanzó por esas calles sin coleta. Tenía que ser Juan Belmonte, revolucionario del toreo, el que acabara con la coleta. La coleta fué el airon de una época del toreo. Época que acaba en Belmonte. La coleta la peinaban los toreros que eran toreros en la Plaza y fuera de la Plaza. Aquellos toreros que metían miedo, fuertes, musculosos, ternes, jactanciosos, camorristas, dilapidadores, analfabetos o poco menos, pero que en los ruedos mataban toros como elefantes y en la calle, con su coleta bien trenzada asomando por bajo del catite o del calañés, perdonaban la vida a los transeúntes. Y en la coleta quedaban

prendidos los ojos de las hembras y la envidia de los hombres.

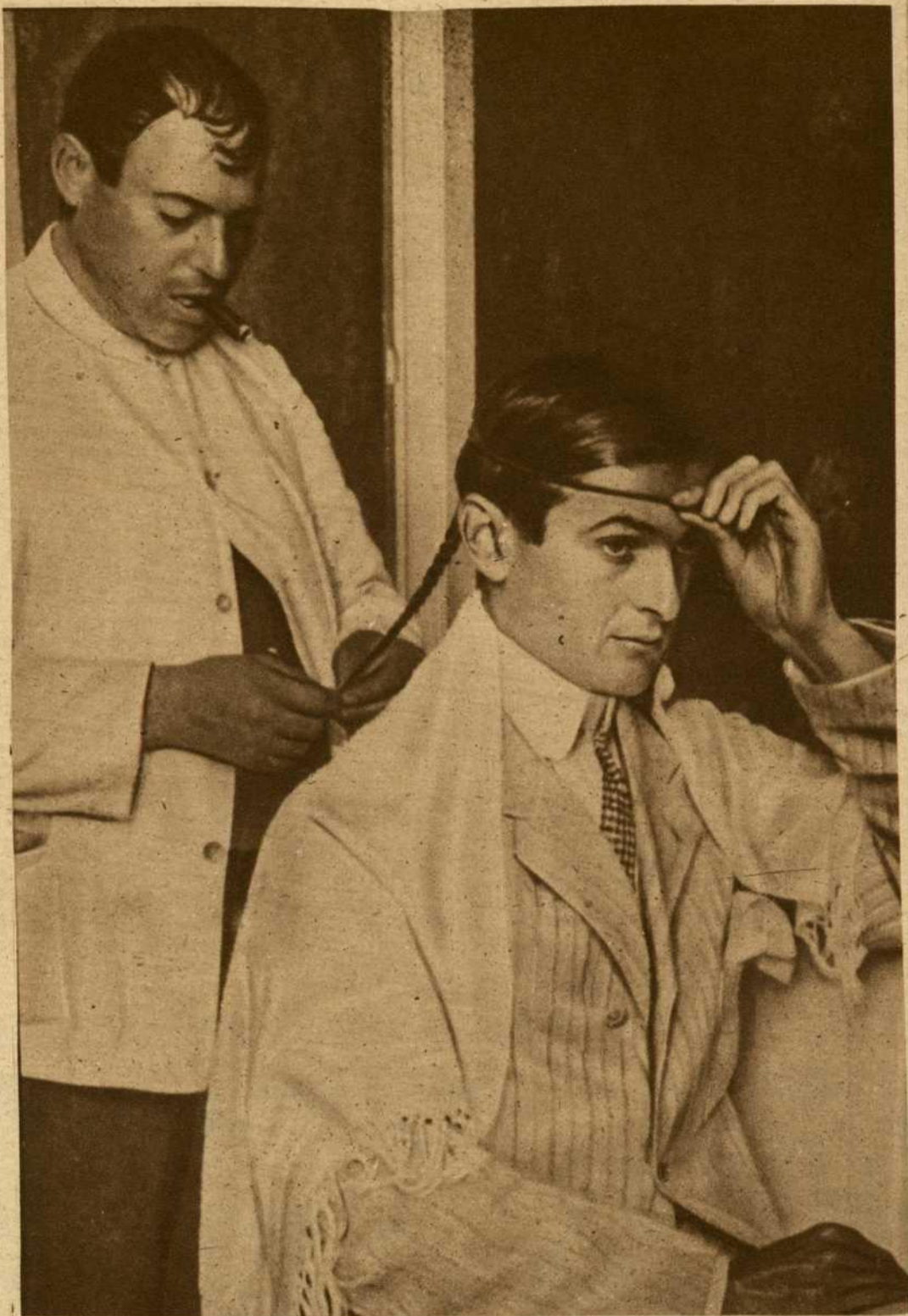
Aparte de que fuera una necesidad (la coleta servía para trenzarla al postizo que cuelga de la castañeta, sujetando así ésta al pelo, sin necesidad del pasador que se utiliza actualmente), la coleta era la ufanía de los diestros, lo que les singularizaba de los demás mortales. Un torero, antes, en la calle era inconfundible. Hoy, con sus gafas negras y sus zapatos de ante, no hay modo de saber si ese que pasó a nuestro lado es un matador de toros. De todos los toreros actuales, sólo conozco uno que use coleta. El veterano y buen banderillero Antonio Gallego (Cadenas).

Hay pequeñas cosas que sin saber por qué las tomamos muy a pecho y nos llevamos grandes disgustos absolutamente superfluos. Por ejemplo, recuerdo que en mi juventud, cuando aparecieron los primeros automóviles Ford, con la conducción a la izquierda, me produjeron una indignación grandísima y desproporcionada y durante bastante tiempo odié con toda mi alma al señor Ford, autor de la innovación. Pues igual me ocurrió con Belmonte. Yo era de los que no faltaban un día a la calle de Sevilla, esquina a la de Arlabán, donde estuvo el Café Inglés, para ver a los toreros allí reunidos mañana y tarde, invierno y verano. E iba por contemplar sus coletas, que ejercían sobre mí atracción irresistible. Las había para todos los gustos, desde la vergonzante a la ostentosa. La vergonzante la llevaban pegada al pelo, peinada como si fuera un mechón aplastado, y sólo se adivinaba que era coleta por el semicírculo de calva que se señalaba en su arranque. En cambio, la ostentosa iba tan esmeradamente rizada y tan separada del pelo que parecía un asa que unía el sombrero con la cabeza. Ni que decir tiene que el torero no se quitaba el sombrero por nada del mundo y que este sombrero era un cordobés legítimo. Muchos portadores de coletas no tenían de toreros más que ese apéndice coletudo; pero, en fin, así eran felices sin molestar a nadie.

Y ya que estamos metidos en las cabezas de los toreros, aprovecho la ocasión para dar la voz de alarma sobre una costumbre que vimos iniciarse esta temporada pasada en algunos ruedos. La de quitarse la montera durante el primer tercio y torear descubiertos. Me parece francamente inadmisibles esta introducción del sinsombrerismo en la fiesta de toros. La montera da calor, conformes, pero compone de manera admirable la figura del torero. Si vamos a eso, también da calor el vestido de torear, y creo yo que no es cosa de sustituirlo por una chaqueta de esas blancas veraniegas, que confieso constituyen otro de mis pueriles odios. Vamos a torear con la montera en la cabeza. ¿Que las faenas de muleta se hacen destocados los diestros? Esto es indispensable, puesto que es reglamentario brindar la muerte del primer toro al presidente y ya estamos todos acostumbrados a ello. Ya sé que asimismo nos podríamos acostumbrar en el primer tercio. Pero, amigos míos, uno de los mayores encantos de la fiesta de toros está precisamente en la conservación de muchas costumbres y ceremonias que han perdurado a través de los tiempos. El despejo de los alguacillos, la entrega de la llave del toril y tantos otros ritos son completamente innecesarios, pero forman parte, no diré esencial, pero sí importante en el desarrollo de una corrida. De modo que, toreros y toreritos, haced el favor de conservar la montera en la cabeza. ¿Qué más os da, gota más o menos de sudor? Es más, si yo tuviera influencia con algún torero, me atrevería a aconsejarle que conservara la montera durante la faena de su segundo toro. Esto se hacía antes muy a menudo y hasta tenía su ventaja. Cuando el matador se perfilaba para entrar a matar, arrojaba la montera a la arena con un movimiento brusco y violento de su cabeza echada para atrás, en señal y anuncio del coraje con que se disponía a consumir la bella a terte del volapié.

Volvamos a la coleta. Es indudable que el tal apéndice velludo ejercía influencia sobre la moral del torero. Recuerdo que hace muchos años asistí a una corrida en el vecino pueblo de Majadahonda. Toreaba un pobre torerillo sin valor y sin arte, pero muy presumido y pinturero. Su coleta era realmente una obra de arte. Estuvo desastroso en la muerte de sus dos toros. Bien es verdad que había que ver cómo eran los toros. Marrajos con cerca de treinta arrobas y unos pitones descomunales. Al segundo le entró a matar lo menos veinte veces. Las mozas y los mozos estaban ya roncós y congestionados de tanto gritar. El presidente le había dado los tres avisos; pero los mozos, invadiendo el ruedo, impidieron que el bicho fuera devuelto al corral. Y ya hartos de verle pinchar, unos cuantos jóvenes de la localidad cogen al matador, lo desarmen de la espada y la muleta y allí mismo, en el centro del ruedo, frente al toro, lo sujetan de piernas y brazos, mientras uno con dos piedras le corta la coleta entre la ovación frenética y clamorosa de todo el público. Aquel pobre torerillo lloraba con desconsuelo infinito.

La coleta, al ser símbolo de la torería, entrañaba al torero con su profesión. Lo primero que hacía un muchacho cuando se decidía a ser torero, era dejarse la coleta. Como ya



Una vieja fotografía. Ricardo Bombita inicia su preparación para vestirse de lucés: lo primero, el arreglo de la coleta

dije en mi artículo anterior sobre los chalaos, entonces los padres, generalmente, se oponían a que sus hijos fueran toreros.

Y en cuanto veían la coleta en la cabeza de su hijo, como primera providencia y sin meterse en más averiguaciones, le pegaban una paliza de aquellas que se llamaban de padre y muy señor mío. Y es claro, el torerito en ciernes le cogía más miedo a su padre que a los toros. Pero todo antes que consentir que la coleta desapareciera de su cabellera.

Porque la coleta, además de ser el signo que le elevaba a la categoría de torero, le otorgaba otros privilegios. La coleta bien peinada, rizada y garbosa, era imán para las mujercitas. Hoy día, salvo los toreros famosos, muy popularizadas sus efigies por la fotografía y las propagandas, los demás lo mismo pueden ser en la calle dependientes de comercio que matadores de novillos. ¿Cómo van a adorarlos las mujercitas? Tienen que creerles, bajo su palabra de honor, que son toreros. Y decir: «Yo soy el Niño del Requesón, matador de novillos» es relativamente fácil, al alcance de cualquier osado. Pero antes, con la coleta, no había duda. La mujercita, al ir junto a él, sabía de manera cierta que iba al lado de un torero. Y en las declaraciones de amor, la coleta jugaba principalísimo papel.

Con todo esto acabó Juan Belmonte. Ahí le tienen ustedes en esa foto, muy chavalín, mocito trianero que quería matar toros, con su coleta bien abundante. ¿De qué año será esa foto? Probablemente de principios de 1914, cuando Belmonte vuelve de Méjico, recién tomada la alternativa, y quizá de este mismo año sea su resolución de suprimir ese mechón de pelo, símbolo un tiempo de la torería andante.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

EMILIO, RICARDO y MANOLO

Tres Bombitas en la plaza de toros de Sevilla! Pero no se asuste usted, señor, que estas tres bombas no son de las que tienen espoleta. Un día, hace ya tiempo—usted quizá fuese un niño—, estuvieron cargadas y hasta estallaron en más de una ocasión, saltando al sol y a la sombra de los tendidos la metralla de su gracia y de su arte.

Se trata—hay que decirlo, aunque usted ya me figuro que lo sabe—de los tres hermanos Torres—Emilio, Ricardo y Manolo—, que esta tarde de domingo de Resurrección se han ido de toros, a la plaza de Sevilla, y antes de sentarse en su localidad han dado una vueltcita por el callejón a saludar a los amigos. Los tres, sombrero ancho; los tres con su puro de Vuelta Abajo y los tres a pasear la alegría de sentirse hoy espectadores de aquello que tantas y tantas veces fueron protagonistas.

Se han parado un poco, a ruegos del fotógrafo, y han dejado ahí sus tres figuras, para mostrar a los tiempos que vinieran detrás—nosotros—las hechuras que aun conservaban los tres toreros retirados. Porque los tres—Manolo, Ricardo y Emilio—huelen desde lejos a toreros, conservan el sabor de la fiesta. Aunque si hemos de ser sinceros, el mayor, Emilio—los años, quizá—, le dan un poco de aire de hacendado ganadero. No así la figura del segundo—Ricardo—, en el que desde ese sombrero gris perla hasta las puntas de las botas acharoladas, nos delatan al matador, ¡y de los buenos! Manolo—el más joven—nos sorprende un poco con sus pantalones arrugados; sin embargo, su planta arrogante delata al hombre acostumbrado a ceñir la taleguilla.

Bien nos viene, pues, esta fotografía en estos momentos en que entre un futbolista, un bailarín, un torero y cualquier otra persona con la profesión que ustedes quieran, no existe diferencia que les haga distinguirse uno de otro. Ha desaparecido no ya

la coleta—signo impar del torero—, sino el traje corto y también el sombrero ancho. Por eso, al contemplar estos tres—uno gris entre dos negros—, se nos entra la alegría de ver que hasta hace muy poco aun quedaban vestigios—tres sombreros—de la majestad tradicional del matador de toros, del torero en general. Y se nos viene detrás la tristeza de pensar que para ver esto, hoy, hay que sacar primera fila en un espectáculo flamenco, donde suele haber muy poco flamenco y mucha guardarropía.

Y viene bien, asimismo, esta fotografía, porque ahora que el toreo va tomando un aire familiar, no está mal recordar un poco la historia de estos tres hermanos que supieron ganarse a pulso un puesto en el escalafón taurino. Hay que volver un poco la cabeza hacia atrás, por el camino que ellos nos han señalado y ver cómo hasta el menos afortunado de los tres, Manolo, supo poner el apellido a la altura que lo tenían sus hermanos, en más de una ocasión. Y una de ellas en esta misma Plaza donde la lente del fotógrafo ha perpetuado su efigie. Y alternando con el divino calvo, Joselito y su hermano Ricardo. El, que fue el que menos quilates aportó a la fiesta cuando fue necesario, sacó fuerzas de flaqueza, y ayudó a su hermano en la lucha contra aquellos dos titanes de la fiesta que hubo sechado a torear al señor Fernando el Gallo. Pues contra ellos igualó la pelea.

¿Veis cómo nos viene bien esta fotografía? Porque nos aviva el recuerdo de cosas tan importantes como ésta, la vergüenza torera, el pundonor, el amor propio y la dignidad en defensa de algo muy suyo; el nombre que otros supieron poner muy alto. Y sabe Dios a costa de cuántos sacrificios y cuántas cornadas...

Veán, pues, la fotografía que hemos desempolvado de nuestro archivo: Tres Bombitas, tres toreros en el callejón de la Plaza de Sevilla, con sus tres puros y sus tres sombreros anchos.

"Con el corazón en la garganta..., ¡gracias, Sevilla!.."

Don "el Ruedo" la recibiste
 de total amor, más
 honrado y más española
 Manuel Rodríguez
 Manuel
 Sevilla 11-11-44

Autógrafo de Manolete para EL RUEDO

Manuel Rodríguez, el flamenco de Córdoba, sultana y torerísima:
 —Ea, señores; y ahora, a la Maestranza, donde yo solito, a la luz de la luna, testigos la Giralda y ustedes, voy a despachar— para corresponder a la gentileza de la afición sevillana— seis *Pablorromeros* de cuatro a siete años y cuarenta arrobas y veintidós libras, como exige el reglamento.



Belmonte no se cansa de firmar autógrafos que solicitan los manoletistas que asistieron a la fiesta



Junto a Manolete, a su derecha, ocupó la presidencia Rafael el Gallo, como símbolo de la mejor torería de Sevilla



Otro momento del acto sevillano en honor de Manolete. Juan Belmonte firma en la tarjeta de invitación, testimonio de una fecha de recordación taurina

Si yo empezara por decir las conversaciones telefónicas que tuve que celebrar a mi llegada a Sevilla, las dudas, las vacilaciones y las esperanzas hasta conseguir la tarjeta a mi nombre y apellidos para asistir, en un restaurante de la plaza del Duque, al homenaje a Manolete, puede que se me tildara de exagerado y hasta puede que algún suspicaz dijera, zumbón: «Seguramente todo se lo hubiera evitado retratándose setenta y cinco pesetas en mano, sin más, en los lugares designados al efecto.» Sí, sí; eso creía yo también y esa es la fórmula infalible para cualquier homenaje de tantos como en el mundo ha habido, hay y habrá. Pero para el que en esta Sevilla maravillosa se le tributó a Manolete... No había reventa y parecía como si de verdad, a los postres, fuese a decir don Ma-

Conseguí mi propósito, en honor de la verdad, más que por mi mismo y por la actividad desplegada, gracias a los desvelos del organizador y a EL RUEDO. (Y me retraté, como es lógico, por ser la cláusula única que el que firma exigió desde el principio.)

ANTECEDENTES

En principio, Angel Pazos—fiel admirador del Guerra y ahora de Manolo—pensó celebrar la brillante temporada taurina recién terminada en su casa, y con sólo sus hermanos y Camará, el apoderado del diestro cordobés. Era mucho egoísmo—se le dijo—, y accedió a que también le agasajaran algunos íntimos amigos y grandes aficionados. Y, para abreviar, ya de concesión en concesión, llegó a fijarse el sitio definitivo y la cifra tope de ciento cuarenta personas. González Marín, Hermes, con su máquina de retratar, y yo, llegamos tarde, y sólo después de muchas ida y venidas, al fin logramos airear y exhibir la tarjeta a Miguel Ligerero y, como si fuera una barrera del 9, decirle:

—¡Y nosotros también!

Ya estaba en el bar, antes de subir al restaurante, Manolete. Diré como inciso que sentía curiosidad; pero no ninguna necesidad de que me hablara y hablarle. Donde verdaderamente me interesa es en el ruedo. Pero, en verdad, tengo que reconocer que es sencillo, afable y despejado en la conversación tras la presentación de rigor. El está por encima de toda conveniencia amistosa y yo tengo a gala mi profesión y la herencia de mis apellidos. Por eso no dudo en afirmar que ya era su admirador y soy su amigo. Por aquello y esto, me dolería mucho que también la profesión me obligase algún día a censurarle pública o privadamente.

Es el caso que ya a los ventanales del bar se pegaban muchas caras de mocitos como de ocho a treinta años, que en aquellos instantes no miraban ni a las cañas de vino ni a las tapas de los de dentro. Sus ojos, grandes, febriles, eran para el de Córdoba. Y ni un comentario. Todo cuanto hacían era mirarle, ver cómo estrechaba manos de toreros y ganaderos, de aficionados, de aristócratas, de artistas y cómo aguantaba palmadas en las espaldas y voces en los oídos.

En la escalera angosta de mármol blanco tres o cuatro camareros, orgullosos de su poder, dificultaban la subida:

—¡La tarjeta..., por favor!

¡Ay de aquél que pretendiera colarse! Si fuesen tan celosos de su deber los porteros y acomodadores en las plazas de toros, de los teatros, de los frontones y de los campos de fútbol, no habría jamás apreturas ni protes-



Buen cartel de toros: El Gallo, Juan Belmonte y Manolete ¡Qué no daría el aficionado por ver juntos a los tres!

tas. Señalémoslo por si sirve, y digamos que poco después nos encontramos sentados en el lugar designado. Para suerte mía, entre periodistas. A mi izquierda, El Chico del Baratillo, ese crítico sagaz, admirable conversador y memorioso de asombro, a quien sobre la pila bautismal pusieron por nombre Fernando, Fernando López Grosso. En la presidencia sentáronse el agasajado, Manolo, con Rafael a su derecha, y Juan a la izquierda. Con estos tres nombres, ¡qué buen cartel de toros!

Durante la cena pregunté mucho. Estuve pendiente más del oído que del paladar y del estómago. No todos los días se puede aprender tanto de toreros y de toros, como a mí me deparaba entonces la ocasión.

—¿Manolete?—decía Fernando—. Me parece un torero excesivamente arisco; de la plaza, a su casa, y de su casa, a la plaza. Ni una concesión al público. Esto, que es una virtud, para una figura de su talla es también un gran defecto.

Hablamos después de Córdoba. Le quieren mucho, están orgullosos de él; pero seguramente—ha trascendido—es donde más le castigan.

—¡Bendito castigo el suyo! Mire... Es evidente que hay un núcleo de cordobeses que se dice: «¿Cómo molesto yo a Manolo, mi paisano?... ¿Aplaudiendo a Arruza?» Y si queda bien, se rompen las manos. Pero ¡que nadie diga a un cordobés que hay otro número 1! Y si se le anuncia allí, por supuesto dos días antes no queda una entrada.

En cambio, esta pequeña o gran contrariedad le ha dado a Manolete esa personalidad indiscutible que tiene de luchador constante; de pundonor sin claudicaciones; de valor en continuo alarde que arranca el «Viva Córdoba!» en cualquier plaza de España donde actúe.

—Ya ve usted. Hoy, lo mejor de Sevilla le rinde merecido homenaje. Pues bien; Córdoba quizá con gesto hosco se alegra con toda su alma de que, precisamente en Sevilla, se le reconozca lo que es y lo que vale. Y aquí mismo hay cordobeses que son dignísima representación de lo que aquella ciudad piensa y siente.

En verdad, ¿qué novios, qué hijos no se han enfadado, por rachas, sin venir a cuento y con la sonrisa de los ajenos? Córdoba—ya se habla de un próximo e inmediato homenaje—no necesita levantar sobre pedestal a su «caña palo». Manolete tiene allí su trono, y las generaciones venideras, como de Lagartijo y del Guerra, dirán: «Cordobés y basta».

—¿Y en Sevilla?

—En Sevilla, en España y en el mundo entero, no hay hoy otro. Se lo digo yo, que llevo cuarenta años de ver toros. Con la muleta..., con la muleta en las dos manos, sobre todo en la izquierda, es un sugestionador de serpientes. Como lo fué, sobre todo, Juan. A ese que se sienta hoy a la izquierda de Manuel, yo le he visto dar seis verónicas sin enmendar, moviendo lo que hay que mover: el trápo, los brazos, la cara... ¡de cintura para arriba!

—¿Y José?

—Tan fenómeno como Juan.

—De los dos, ¿quién aprendió de quién?

—Se enseñaron mutuamente. Y el público aprendió de ellos.

Ya se había caldeado el ambiente. Ciento cuarenta y tantas personas, aunque coman y beban lo suyo, producen más ruido que el mar. Se había formado un cielo de nubes de humo que era más bien niebla, y los brazos se dislocaban, por que un andaluz sin gesticular es un andaluz «fulero». Como Rafael y como Juan, Manolo fumaba un pitillo y reía todo el tiempo, aunque parezca mentira, como reían los de la simpática «tertulia» alrededor de Miguel Ligerero.

Así dijo MANOLETE en el acto de su agasajo a la vera de La Giralda



"Y su pañuelo de talle—y su tumbaga de feria—". González Marín recitando

—Ahora—dije—, puede que todos los aquí reunidos hablemos de toros.

—No. Seguramente muchos hablan de Campanal. ¡Inmensos!

Un periodista de *Mundo Deportivo* hacía preguntas a todo el mundo.

—Lo que no dirá es que Manolo es muy de su casa. Va a ser un campero cordobés de categoría... Y siempre mirando para la sierra de Córdoba. Así está él, que levanta una garrucha a pulso, cogiéndola por un extremo. Para ser matador de toros hace falta mucha voluntad para el sacrificio.

Me contó El Chico del Baratillo una anécdota del Guerra. Refiriéndose a Juan Belmonte, al principio de sus éxitos, dijo: «El que quiera verle, que aligere. Para ver tranquilo, a José.» Sin embargo, la actualidad y Talavera de la Reina se empeñan en llevarle la contraria al Guerra.

Todas las tartitas llevaban escrito sobre blanco, en color caramelo, Manolete. Pero yo no sé si éste pudo probar la tarta. Porque con su aparición en las mesas, comenzó en serio la tortura de los autógrafos. ¡Y dicen que su firma vale!... Fallaban la mayor parte de las ciento cuarenta y tantas plumas que hubo de pulsar. Pero cuando llegó la hora de la dedicación a EL RUEDO, Manolete, Juan y Rafael lo hicieron con pausa, recreándose, pensando lo que querían escribir y sonriendo al final satisfechos del hondo prestigio que esta popular revista ha sabido ganar para sí.

Al regresar a mi silla, porque comenzaban los siseos precursores de los brindis, oí a un viejo aficionado:

—Esta comida de hoy hace algunos años hubiera valido de siete cincuenta a diez pesetas.

Y no es que ni él pretendiera ni yo lo intente injuriar a nuestro anfitrión. Es que eran otros tiempos y también el precio de las localidades de los toros ha sufrido esa transformación. De acuerdo que Manolete es siempre barato. Pero hay que ver a la mayor parte de sus compañeros. ¿Existe razón para que se mantengan los precios que el público que quiere verlos tiene que pagar? Rompamos gustosos una lanza en honor de algunos otros nombres que están en la memoria de todos los aficionados, y que no queremos consignar para que no se sientan ofendidos los demás. Detrás de aquellos, ¿qué queda? Como mucho, de siete cincuenta a diez pesetas.

—Cuando murió el Espartero, el Guerra ganaba por corriendo mil quinientas.

Manolete seguía firmando autógrafos. Tantas rúbricas, que sólo le faltaban los manguitos—como dice Pizarro de los que no tienen más profesión que el juego—. El de Córdoba demostró que, a querer, podría ser un funcionario perfecto. Díaz Cañabate diría que vale para un barrido y para un fregado. Diría mucho más, porque Díaz Cañabate, a mi juicio y al de muchos otros, es uno de los escritores españoles de más acusado talento y originalidad.

LOS BRINDIS Y LOS ETC.

No hubo muchos espontáneos que se lanzaran al ruedo. El ofrecimiento del organizador, Angel Pastor, mi protector e introductor de embajadores, fué ni visto ni oído. Estuvo latente como un telegrama, y le cedió los trastos a su tío Alberto, abogado y ex alcalde interino de Sevilla, según mis noticias. Yo soy aquí un poco transcriptor y un poco crítico del homenaje. Si estuvo bien de palabra y de elocuencia, respecto a mi juicio, estuvo desafortunado en la «faena». Usted perdóne, don Alberto. Y veamos si tengo razón porque muy bien puede suceder que el equivocado sea yo.

Digno de todo encomio el tributo que usted rindió a José y a Sánchez Mejías. A su duelo yo me asocio de todo co-

razón. Muy bien, muy requetebien así mismo en aquel otro floreó mercedísimo a don Juan Belmonte. Cierzo; ¡lástima su retirada! Y también muy oportuno el «remate» admirable. Manolo se merece todos los adjetivos que contiene el Diccionario. Como esos diestros que comienzan por ahormar el cuello, la cabeza del morlaco que les tocó en suerte, usted, don Alberto, se mereció los plácemes y abundantes palmas de la «cátedra» hasta aquí. Luego... Manolete estaba pálido, y usted, creo yo, se dejó influir, ganar, por su emoción y por el ambiente. Los toreros, sin excepción, quieren hacer siempre faena grande. Pero luego resulta que realizan mucho de lo que no quisieran haber sido jamás los ejecutores. Perdóneme; pero sin ningún ánimo de molestarle, mucho menos de ofenderle, yo creo que esto fué lo que le sucedió a usted. Si estoy equivocado, tenga la seguridad de que rectificaré con la amplitud que se me pida. Como la cosa no es grave y, en cambio, es interesante, no creo que deba hurtarla a EL RUEDO. En síntesis, que no, que no estoy conforme a la luz de mi escasa inteligencia, de que a Manolete, para ser la figura cumbre de todos los tiempos, le falta la competencia, o sea otra figura igual que él en cuanto a posesión de arte y al influjo que sobre la multitud en las plazas ejerce. Con y sin competencia—estoy seguro de que vamos de acuerdo—, Manolo es lo que es y dejemos en paz a los muertos. Cada tiempo tuvo lo suyo. ¿Más que Lagartijo?, le gritarían muchos que duermen bajo la cruz de sus tumbas y otros que todavía viven. ¿Más que Frascuelo? ¿Y más que Bombita, el Guerra, Mazzantini, Pastor, Belmonte y José, en lo próximo, y en lo precursor cuantos fueron matadores de toros desde Francisco Romero y los hermanos Palomo?... Pero no es todo. Otro concepto de su brindis: ¿Que Belmonte no habría sido lo que fué sin José? ¿Fué esto lo que dijo? Cuánto me gustaría que usted me dijese: «No, no fué eso».

Porque José, por sí, y Juan igual, como todas las competencias taurinas que existieron, dieron aliento, calor, pasión, fuego a la afición de sus respectivas épocas. Pero ¿grandeza a las figuras?... Francamente, creo que no. Mucho muchísimo deseo y quiero enaltecer a Joselito, a quien alcancé a ver en sus postrimerías. Sinceramente, quizá sea yo aun más «joselista» que «belmontista». Pero don Juan Belmonte, con y sin Gallito, tendría el fulgor de astro que no se le puede quitar ni en el tiempo que duró su terremoto revolucionario.

González Marín fué después invitado a intervenir. Había sido situado en la presidencia y se levantó de buen grado, sin necesidad de ruegos.

—Aunque luego diré una poesía a Manolete, voy a preparar vuestra benevolencia... Y con gesto preciso, voz caliente de emoción, nos ofreció:

*José y Rafael caían
uno a derecha, otro a izquierda,
Rafael se quedó absorto, metido en la poesía de Ochaíta. Más alta la voz, como si quisiera llegar muy lejos, prosiguió el recitador:
y por nombre el más real
y el más flamenco: ¡Gabriela!*

Lágrimas en los ojos de Rafael el hijo y un clamor de vivas que se apagaron tan sólo cuando volvió a dejarse oír la voz dominante, conducida esta vez por Rafael Duyos:

*¿Dónde estás, Julio Romero,
que no vienes a pintarlo?*

¿Más humo o más incienso? Hubo abrazos entre González Marín y Rafael, entre Juan y González Marín en una simpática alusión.

—Que hable Juan!

—¿Qué le ha parecido este homenaje?—pregunté a Manolete.

—Pues—contestó—que no sé cómo se puede decir «Gracias, Sevilla, con el corazón... ¡Si pudiera abrazar a Sevilla entera...!»

Porque sería tanto como tener que abrazar a España.—J. HERNANDEZ PETIT

*Para "El Ruedo" quien
más favorece y estimula
la afición
y agradecidamente
Juan Belmonte
7 orer*

Autógrafo de Juan Belmonte para EL RUEDO



Manolete, vértice del homenaje, estampa su firma en las tarjetas de invitación



Siguen las firmas. Una cosa así como una faena de dieciocho naturales seguidos



Hay que conformarse solamente con la firma de Manolete. El resto de Córdoba tiene que apretar la nación para "variar la faena"

LOS VIEJOS DEL RUEDO



JOSE VICENTE SAN JUAN, portero de la puerta de arrastre, ingresó en la Plaza el año 1890

**Presenció la muerte del Espartero
y oyó discutir muchas veces
de toros al maestro Chueca**

Si hay un empleado de la Plaza que pueda hablar largo y tendido de toros, éste es José Vicente San Juan. Sus recuerdos se remontan a fechas muy alejadas de la actualidad, cuando, según él, la fiesta de toros era una cosa completamente distinta a la de ahora, ya que entonces los aficionados lo eran de verdad y eran capaces de estar un día entero discutiendo, no así como así, sino apasionada y acconadamente, sobre los lances y las principales figuras de la fiesta. José Vicente, Beloque—él tiene un gran interés en que se haga constar el apodo, porque dice que así es como le conoce todo el mundo—, estaría hablando una semana entera de toros y siempre diría cosas nuevas e interesantes. Aficionado acérrimo y

consecuente, durante cincuenta y cuatro años no perdió corrida ni festival de los celebrados durante ese medio siglo y pico en ambas Plazas. Y como además tiene una memoria feliz y un curioso archivo anecdótico, he aquí por qué resulta interesante, y muchas veces también instructivo y pintoresco, hablar de temas taurinos con José Vicente San Juan.

—Ingresó en la Plaza vieja—empieza diciéndonos Beloque—el 12 de mayo de 1890. Recuerdo exactamente que era el día de la despedida de Frascuelo y que en aquel acontecimiento tomó la alternativa Lagartijillo, paseando los toros de Frascuelo Guerrita, que ya era matador.

—¿Qué méritos hizo usted para ingresar en la Plaza?

—Los más grandes que podía hacer: ser recomendado por don Regino Velasco. Este señor les daba acceso a los puestos de la Plaza a los aficionados; pero, además, quería que fueran trabajadores y muy celosos del cumplimiento del deber, sin cuyos requisitos no protegía a nadie.

—¿De qué ingresó usted?

—De suplente de andanada, en cuyo cargo estuve siete años.

—¿Cuál es el suceso más pintoresco que recuerda usted de la Plaza vieja?

—El debut de las señoritas toreras de Barcelona. Iban capitaneadas por la Lolita y la Pretel—hace de esto unos cuarenta años—y la expectación en la Plaza ese día era sencillamente inenarrable. El espectáculo fué apoteósico. Imagínese usted a unas señoras gordas toreadas por los bichos—pues no eran ellas las que toreaban a los toros—, corriendo ambarulladamente delante y detrás de los novillejos, y se dará usted cuenta de la realidad. Ahora que, eso sí, el público se rió y lo gozó hasta desternillarse.

—¿Y algún episodio dramático?

—Lo fué, y de los más luctuosos, el día de la muerte del Espartero. Ese día ascendía yo al cargo de recibidor y estaba de servicio en el tendido número 3. Entre tanto recuerdo imborrable de esa tarde, sobresale la actuación de Antonio Fuentes, al que yo jamás volví a ver, antes ni después, como en aquella fecha memorable.

—¿También recordará usted el reverso de lo de Fuentes?

—Y me apena recordarlo, porque fué la tarde de la despedida de Lagartijo. El pobre estaba ya viejo y cansado, y por hacer un alarde y demostrar que aun conservaba la plenitud de sus facultades, se empeñó en matar él los seis toros de Veragua que habían de lidiarse. Como quedaría, que después de apedrearlo el público, furioso e indignado, tuvo que salir de la Plaza custodiado por la Guardia civil. Aun me parece que lo veo triste y cabizbajo por la calle de Goya, entre la rechilla y los apóstrofes del público. Crea usted que es éste un recuerdo bien penoso.

—¿Ha tenido usted algún amigo entre los toreros de categoría?

—Me honré con la amistad de don Luis Mazzantini, que, por cierto, fué el que mandó sustituir las antiguas cuerdas del ruedo por los cables que aun existen. Don Luis fué ganadero y empresario de la Plaza de Madrid y se dió el caso de que de su ganadería sólo se lidió un toro bravo, un toro de bandera, como se decía entonces, y fué en una corrida que toreó él a beneficio de los damnificados por la inundación de Consuegra.

—Mazzantini—agrega José Vicente—actuó durante veinte años en 1.080 corridas y estoqueó 2.901 toros. Ganó cinco millones de pesetas en números redondos.

—¿Como torero, también era Mazzantini su ídolo?

—No, señor. En ese sentido, mi torero era Reverte. Su muerte, acaecida a consecuencia de un cólico, cuando se hallaba en el Sanatorio del Rosario para curarse un quiste que le había salido encontrándose en Lisboa, la lloré como si se hubiera tratado de algo mío. Fué esto en el año 1903 y el pobre Reverte se quedó sin ir a Méjico, para donde estaba ventajosamente contratado. Lo más doloroso de aquella muerte es que se produjo, después de una concienzuda operación del doctor Bravo, por un descuido de los enfermeros.

—¿Encuentra usted mucha diferencia entre la fiesta de toros antigua y la de ahora?

—Tanta, que la de ahora casi no parece más que un recuerdo, un pálido reflejo de la de mis tiempos. Entre otros muchos detalles y circunstancias que podrían corroborar mi afirmación, le citaré a usted de pasada el célebre merendero del cual era dueño el ex matador de toros Vicente Villaverde. Se hallaba instalado en los alrededores de la Plaza vieja y a él concurría todo lo más y lo mejor de la afición taurina madrileña. Desde por la mañana y después del apartado—los días de corrida siempre eran días de fiesta solemne en Madrid—, los taurófilos permanecían en el merendero, discutiendo, hablando de toros y de toreros apasionadamente, hasta la hora de la corrida. Aquello era alegría y animación y entusiasmo. Entre los asistentes al merendero figuraban siempre, poniendo cátedra en asuntos taurinos, don Antonio Casero y el maestro Chueca. Eran muy amigos, pero, a veces, se enfurrubaban y dejaban de serlo—pasajeramente, claro está—por disparidad de criterios, pues mientras Casero defendía y se declaraba partidario de Regaterín, el maestro Chueca ponía el grito en el cielo cantando las excelencias de Guerrita, al que preconizaba como el mejor torero del mundo.

—¿Así que la fiesta de toros de hoy...

—Es mecánica y fría, sin emoción, sin pasión, y, sobre todo, una cosa sin gracia, muy de prisa, como es todo lo que caracteriza a la vida moderna. Si no temiera pecar de pedante, le diría a usted que es el alma lo que le falta a muchas cosas de la vida actual, y, entre ellas, a la fiesta de toros.

—¿José Vicente nos habla luego de algunas evoluciones y cambios operados en las costumbres y tradiciones taurinas.

—Una medida bien adoptada—dice—fué la de prohibir la entrada al público en el ruedo antes de la corrida, mientras la banda del Hospicio ejecutaba las piezas de su repertorio, según antiquísima costumbre. Esta plausible innovación la llevó a cabo Ricardo Torres, Bombita, y fué respetada sin discusiones y aceptada sin protestas, pues el mismo público se dió cuenta del estado en que dejaba el ruedo—se pasaban todo el tiempo corriendo por él y bailando—y los incidentes a que esto podía dar lugar a la hora de la lidia.

—¿Hubiera usted querido ser torero?

—Nunca sentí tal deseo, pero crea usted que en mi clase de aficionado nunca he envidiado a nadie. Si cincuenta y cuatro años viendo toros dan derecho a opinar, yo le digo a usted que sin haber sido nunca torero, entiendo lo suficiente de toros para no dejarme engañar y emitir mis juicios con cierta autoridad.

El portero de la puerta de arrastre nos habla todavía de Badilla y Agujetas, los mejores picadores—dice—que han pisado los ruedos en todos los tiempos. De los picadores de la cuadrilla de Reverte, Moyano y Rodas, que habrán tenido quien los iguale, pero no quien los supere.

JUAN DE ALCARAZ

TOREROS EN INVIERNO

PEPE y ANGEL LUIS BIENVENIDA, el domingo en el fútbol



Una vez acabada la temporada taurina en España, los matadores buscan entretenimiento en el fútbol. Fuera de pelotas, sin preocupaciones y sin ese afreco constante de los ferias, los hermanos Bienvenida descansan en Madrid, al lado de sus familiares. Y juntas acuden todos los domingos bien al Estadio o Chamartín, como grandes aficionados que son al deporte. Pepe y Angel Luis Bienvenida acorrendidos el domingo en el campo del Atlético Aviación, a poco de marcar el equipo de casa el tanto que pudo suponer la victoria y no lo fué. El invierno es otra los hermanos Bienvenida motivo de alegría constante, ya que quedan distraer de unas horas para asistir al fútbol, deporte preferido de los célebres espadas.

(Fots. Zarco.)



JUAN LANAS

EL CONSCIENTE AFICIONADO.

por *elloin*



1. SERVIDOR DE USTEDES! JUAN LANAS, AFICIONADO CONSCIENTE Y ENTUSIASTA ¡AQUÍ ME TIENEN! Y ME LANZO AL RUEDO DE "EL RUEDO, PARA DECIRLES CUATRO COSAS TAN CLARAS Y TRANSPARENTES COMO LA LUZ QUE ATRAVIESA UNA LONCHA DE JAMÓN DE ESAS DE BAR. SOBRE LA FIESTA DE TOROS. ASÍ ES QUE...



2. SOPLE EL CLARINETO, REDOBLEN LOS...



3. PARCHES Y... ¡VAMOS AL TORO...!

4. ¡BUENO! ESO DEL TORO ES OPTIMISMO DE UN SERVIDOR! EN TODAS LAS EPOCAS SALIERON DE LAS TINIÉBLAS DEL CHIQUERO RESES ABIBERNADAS AHORA ES QUE CASI TODAS SON RAQUITICAS MELANCOLICAS Y UN TANTO DESVITAMINIZADAS...



5. Y ASÍ TENEMOS ESTE GRAN NÚMERO DE MATA-DORES DE... ESO, CON GRAN ALBOROZO DE LOS FABRICANTES DE POLVOS INSECTICIDAS QUE TAMBIEN CONTRIBUYEN A LIMPIAR DE CUCHARACHAS ESTE PICARO MUNDO...



6. EN ESTOS TIEMPOS DE SUCEDÁNEOS Y TOREROS PERAS, LA FIESTA HA PERDIDO MUCHAS COSAS TÍPICAS ANORADAS POR UNO, CON CIERTA MELANCOLIA UNA DE ELLAS LOS ESPONTÁNEOS. AQUELLOS MUCHACHOS SIN PADRINO NI MECENAS HAMBRIENTOS DE CORTIJOS Y JOLES! Y QUE SÓLO OBTENIAN CASI SIEMPRE CHICHONES Y RASGADURAS DE LAS TE-



7. RRIBLES ASTAS DE LOS TOROS, MÁS LA QUINCENA CORRESPONDIENTE.



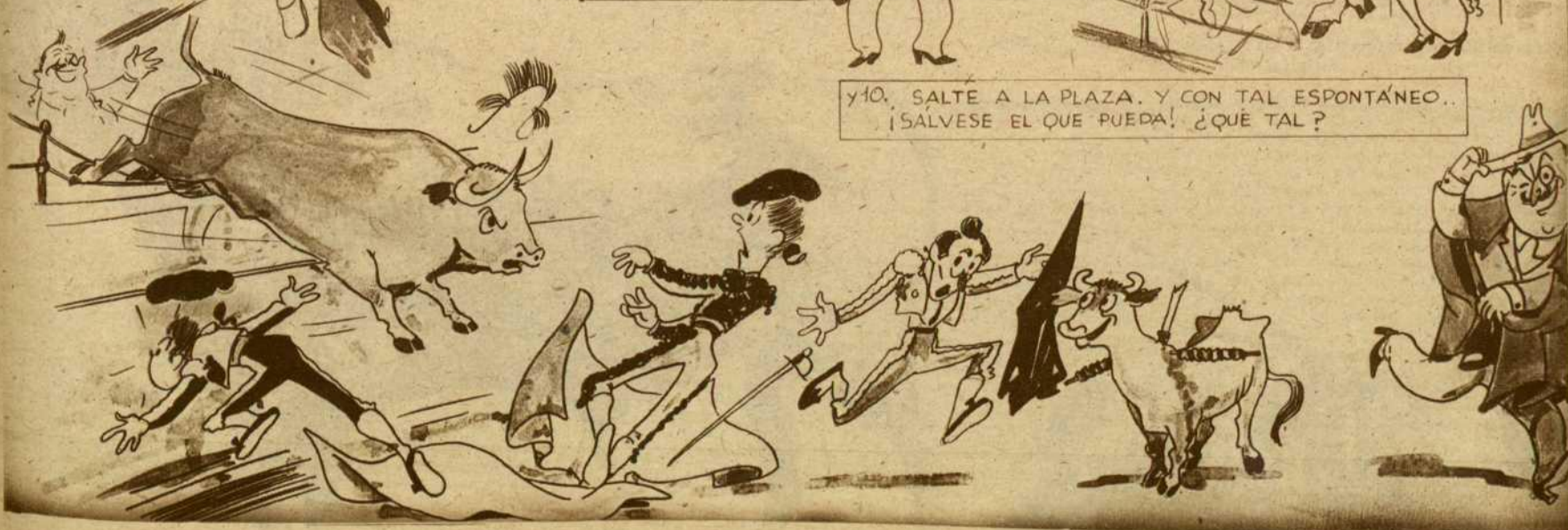
8. EN PARTE ME PARECE BIEN QUE ESTE ESPECTÁCULO DEL MALETILLA SE HAYA ELIMINADO. PERO YO, AMANTE DE LO CLÁSICO, TENGO UN PROYECTO PARA QUE CON PROVECHO DE LA FIESTA NO SE PIERDA ESTA ESTAMPA DEL QUE INTERVIENE EN LA LIDIA INESPERADAMENTE Y LES VOY A EXPONER MI PROYECTO POR SI LO CREEN JUSTO...



9. ES MUY SENCILLO, LOS AFICIONADOS CONSCIENTES DEBEMOS TENER SENTADO EN EL TENDIDO A UN CINQUENO CON BARBA Y BIGOTE Y CUANDO VENGA UNA DE ESAS CORRIDAS CON RESES INFANTILES ¡AHÍ VA! NUESTRO TORO QUE...



10. ¡SALTE A LA PLAZA. Y CON TAL ESPONTÁNEO... ¡SALVESE EL QUE PUEDA! ¿QUÉ TAL?





El joven escultor Antonio Navarro Santafé, junto a su obra "Juan Belmonte"

ANTONIO NAVARRO, al ver malogradas sus aspiraciones taurinas, refleja su afición a través de la plástica

Finalizaba la primavera de 1934, y semicerrados ya los cenáculos artísticos de Madrid, se reunió en el Círculo de Bellas Artes una Exposición de esculturas taurinas. Atraído por cuanto con la fiesta nacional se refería, acudí al salón a los pocos días de haber sido inaugurada. De las diez obras que componían el conjunto, nueve presentaban las tarjetas de sus recientes compradores. Entre éstos recuerdo que algunos eran Juan Belmonte, Manolo Bienvenida, Ortega y Villalta.

¿Qué ofrecían aquellas obras para haber alcanzado un éxito tan rápido y lisonjero? Ante todo, una pujante y vigorosa personalidad. Parcialmente consideradas, resultaban casi todas ellas admirables por su apostura, su continente y su expresión.

Sobre bronces y barro cocido, representando felices momentos de los actos del toro, parecía flotar una ráfaga de entusiasmo que las hacía vivir la vida real del arte.

Toda aquella obra demostraba, en fin, esos felices momentos de inspiración, de febre creadora que sólo los elegidos poseen.

Volví otro día a recrearme en la contemplación de aquel insuperable goce del espíritu. Alguien me presentó al artista. Se trataba de un muchacho que apenas tenía unos veintidós años.

Antonio Navarro Santafé, alcañino de nacimiento y madrileño de adopción, me contó la breve historia de su vida. De niño sintió la vocación taurina y hasta mereció cierto prestigio como torero de salón. Lo toreaba todo: perros, carneros, albas, coches, ciclistas. Igual le daba media veconica a un guardacantón que una revolera al que se le daba.

Un día acudió a una placita situada en los alrededores de Madrid. En aquel minúsculo anillo se lidiaban buecos, algunos más fiduciales que el buey Apis. Provisto de su correspondiente capotillo, Navarro consiguió dar dos o tres lances.

A la satisfacción de comprobar que a los toros se les podía hacer las mismas cosas que a los murciélagos y a las farfatas, cogió una confianza plena, que hizo creerle que ya había encontrado el verdadero camino de la fama.

Al fin se impuso la dura realidad en forma de varietales y magullamientos, y el acéfalo torero se vino a la conquista de nuevos horizontes.

Empezó de botones en los Estudios pictóricos al servicio de la publicidad de una importante industria, y a fuerza de constancia consiguió en breve tiempo aprender los secretos del dibujo.

Enderezados sus anhelos hacia la escultura, pasó a estudiar en la Escuela de Artes y Oficios con don José Capuz. Orión se abrió las puertas de su Estudio, y tras brillantes ejercicios consiguió una plaza en la Escuela Especial de Pintura y Escultura de San Fernando.

Más tarde, para ampliar estudios, se matriculó en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, y años después, en la de San Carlos de Valencia, en la que alcanzó el título de profesor de Dibujo.

Las primeras muestras de su arte fueron una cabeza de Nazareno, dotado de una intensidad de color inmenso, y un bronce titulado "Toledano", que se vio expuesto en un Salón de Otoño llamó poderosamente la atención de críticos y profanos.

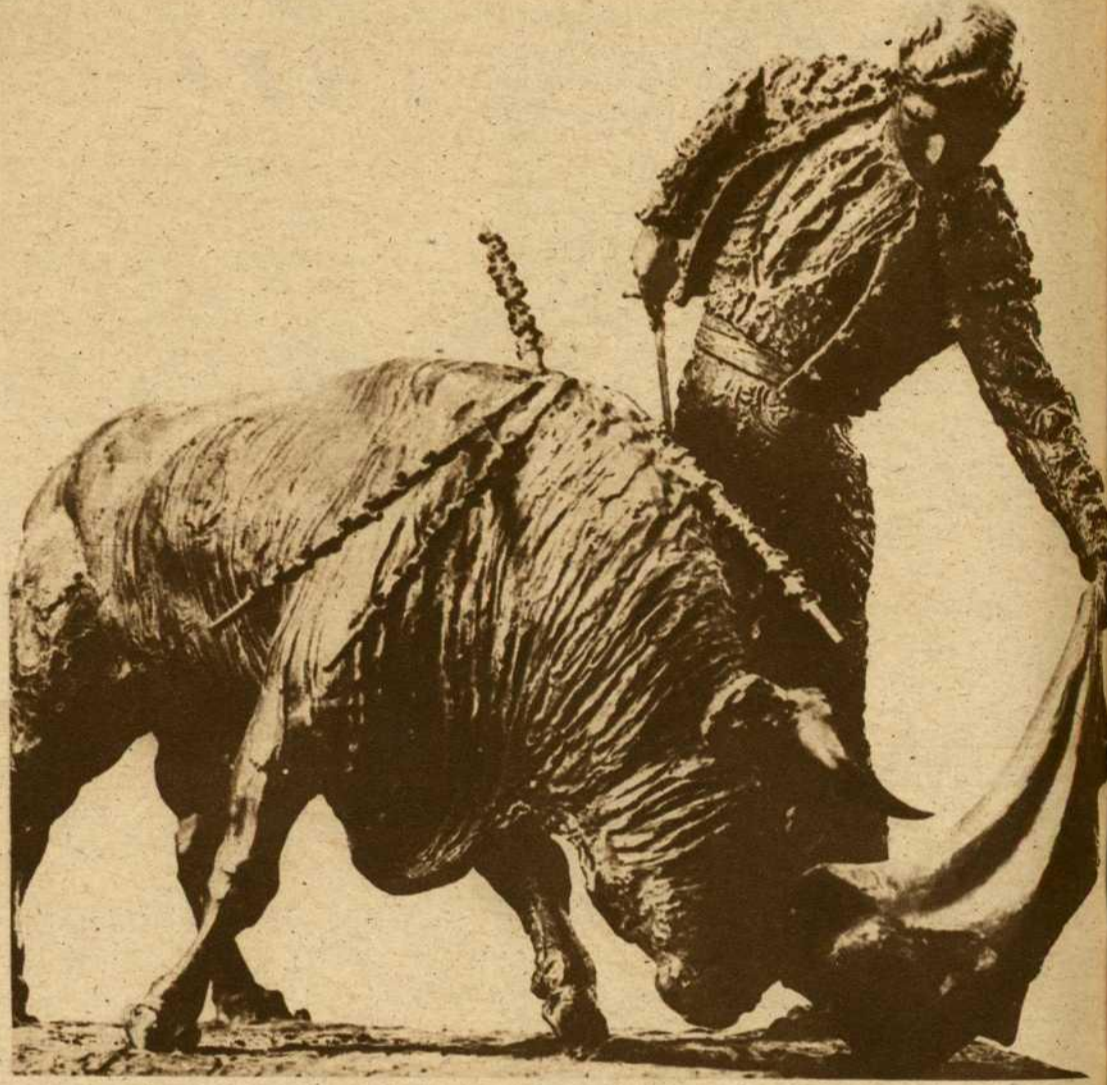
Antonio Navarro, al no ser torero, quiso reflejar su afición a través de la plástica. Fruto de ello están las obras que exponía.

Pasó el tiempo y no volvió a tener contacto con el genial artista alcañino. Supo, sí, que seguía asiduamente con sus estudios y trabajos.

Hace muy pocos días me lo encontré en plena calle. Me dijo que trabajaba y luchaba con bríos extraordinarios en la nueva Exposición que proyecta inaugurar en la primavera próxima. Esta vez su deseo es exaltar la figura del toro y describir su historia y su psicología tal como la vive en el campo.

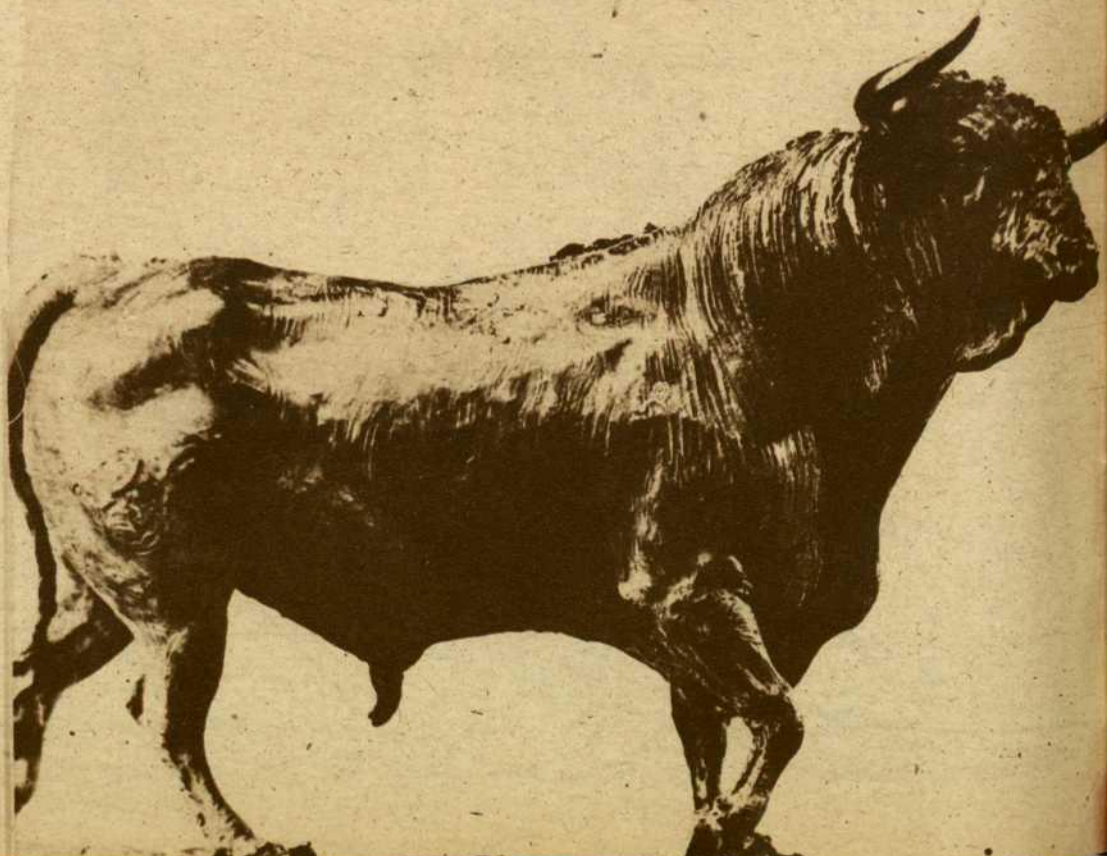
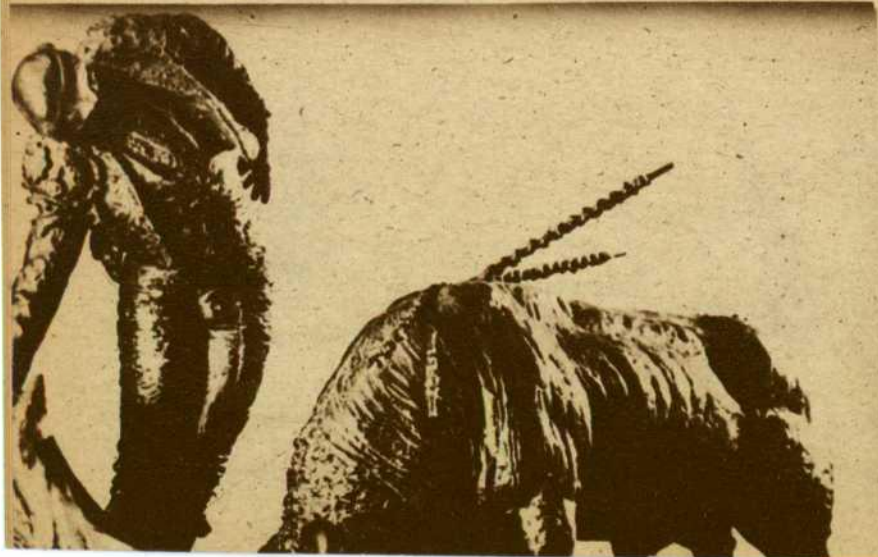
Le acompañé a su nuevo Estudio y pude contemplar a más anchas algunas de sus obras. Terminadas unas, abocetadas otras, en todas palpita un realismo vigoroso, congruente, platórico de acción y movimiento.

Gran parte del trabajo, ya en parte realizado, se ocupa de varias de las hazañas llevadas a cabo por el famoso toro "Campesino". Perteneció a la ganadería del marqués de Salas. Se distinguió por sus finos instintos, llegando a matar en la dihesa cuatro toros, una vaca y varios becerros. Por sus fechorías sembró el terror entre el vecindario de la vacada. Fue estoqueado en la Plaza de Aranjuez por el diestro Angel Pastor el 20 de marzo de 1881.



Otra obra del escultor Navarro, que recoge en bronce un gran pase de muleta del malogrado Manolo Bienvenida.—Abajo: Madroñito, el toro de oro, obra en bronce de Navarro

Esta otra escultura representa al ex matador de toros Nicanor Villalta





Cogida de Reverte en Madrid el 11 de junio de 1895
(Dibujo de Pérez.)



Toreros célebres: Salvador Sánchez (Frascuelo)